Floridor Pérez

MITOS Y LEYENDAS DE CHILE

NUEVA EDICIÓN
RENOVADA Y AUMENTADA



Ilustraciones de
ANDRÉS JULLIAN.

I.S.B.N.: 978-956-12-1902-1
Edición especial de 200.000 ejemplares
para Maletín Literario.
Febrero de 2009.

Editado por
Empresa Editora Zig-Zag, S.A.
Los Conquistadores 1700. Piso 10. Providencia.
Teléfono 810 7400. Fax 810 7455.
E-mail: zigzag@zigzag.cl
Santiago de Chile.

Impreso por RR Donnelley.
Antonio Escobar Williams 590. Cerrillos.
Santiago de Chile.

INDICE

Prólogo

LOS MITOS COMO MENSAJES SECRETOS DEL PASADO AL LECTOR DE HOY

El siguiente es un diálogo que sostuve con estudiantes de séptimo básico a cuarto año medio. Aunque centrado en un aspecto muy parcial, creo que demuestra el entusiasmo juvenil y que –en éste como en otros temas– un enfoque poco habitual podría servir de motivación para estudios más formales o sistemáticos en el aula.

ESTUDIANTE 1: *–¿ Usted cree en los mitos?*

YO: *–¡Pero si he publicado un libro de Mitos y leyendas!*

ESTUDIANTE 1: *Sí, lo leímos, pero ahora sólo quiero que me diga si cree que los mitos son verdad o son mentira.*

YO: *–Son la pura verdad...*

VARIAS VOCES: *–¡"La firme... la firme...!"*

YO: *–Ya les dije: son verdad. Son un modo de transmitir grandes verdades humanas. (Tal como fueron intuidas en un momento de la evolución de la humanidad o de una cultura determinada)*

ESTUDIANTE 2: *–Entonces ¿usted "se la cree" que Orfeo bajó al infierno a buscar a su esposa Eurídice?*[1]

YO: *–Y tú ¿ no crees que un hombre sea capaz ? Y a las niñas ¿no les gustaría que un hombre, por una de ustedes...?*

UNA NIÑA: *–Yaaa... pero estamos hablando de mitos; en el mundo real es otra cosa...*

VARIAS VOCES: *–"¡La firme..., la firme!".*

YO: *–Muy bien, veamos si los mitos son tan distintos del mundo real: ustedes dudan que en la antigua Grecia Orfeo bajara al infierno a rescatar de la muerte a su esposa. Pero yo les aseguro que eso sigue ocurriendo hoy mismo en Chile, en mi barrio y en el de ustedes.*

(En el público se producen demostraciones de franca incredulidad.)

Por estos mismos días ha sido noticia en la televisión, y si ustedes no lo recuerdan, es porque Orfeo chileno no se llama Orfeo, y su esposa no se llama Eurídice. Nuestro Orfeo se llama Juan o José, y su Eurídice se llama Carmen o María. ¿Y el Infierno? El infierno actual tiene muchos nombres: por ejemplo, suele llamarse HOSPITAL.

Entonces, piensen que nuestra Eurídice Carmen o María ha caído a ese infierno moderno, donde la espera la muerte, porque no quedan camas disponibles en la sala común o en el pabellón de cirugía.

[1] En "Orfeo", mito griego.

Pero antes que venga la muerte llega su Orfeo Juan o José, entra a ese infierno moderno y ruega, protesta, llora, amenaza, empeña sus herramientas y hasta ofrece en venta uno de sus riñones.[2] *¡No deja nada por hacer!*

Y gracias a eso, un día –miles de años después del viaje de Orfeo al infierno griego por su Eurídice– nuestro *Orfeo Juan o José vuelve a su casa de población con su Eurídice Carmen o María.*

Esa decisión suya de darlo todo por el ser amado no es mentira, es una verdad eterna y ese heroísmo del vecindario es otra verdad. Y de esa capacidad de sacrificio y de esas verdades eternas habla el mito de Orfeo. Todos los mitos.

Aquellos alumnos habían leído *Orfeo* en educación media, pero propongo la misma lectura creativa para los mitos chilenos que se lean en educación básica.

Supongamos que un estudiante tiene dos tareas: hacer una investigación sobre "los recursos del mar" y leer el mito chilote de "La Pincoya". La geografía real y un ser mitológico, la ciencia y la fantasía; diferentes asignaturas, temas muy distintos.

Sin embargo, un buen lector descubrirá misteriosas relaciones entre ciencia y mitología, entre conocimiento científico y sabiduría ancestral de la humanidad. Veamos: el mito dice que cuando la Pincoya mira de frente, amistosamente al mar, anuncia pesca abundante. Pero si –indiferente o despectiva– *le vuelve la espalda al mar*,

[2] Una oferta así fue la que hizo noticia por esos días.

se alejan los peces y disminuyen los mariscos, la abundancia se convierte en escasez.

¿Y qué dicen los biólogos, ecólogos y economistas interesados en una "explotación sustentable" de los recursos? Dicen que si el país descuida el mar, si no protege sus recursos, es decir, si los chilenos *le vuelven la espalda al mar*, un día él les negará los abundantes bienes que hasta hoy les ha concedido.

Conociendo estas antiguas charlas con mis lectores, se comprenderá que, después de quince ediciones de este libro, ya no me pregunten si creo o no creo en la Pincoya. Su imaginación vuela mucho más alto: ¡ahora me preguntan si no deberíamos proponer a la Pincoya como delegada de Chile a la próxima Cumbre Mundial Sobre Desarrollo Sustentable!

Floridor Pérez

Escritor en Residencia, Facultad de Letras
Pontificia Universidad Católica de Chile
Primer semestre 2004

MITOS

A diferencia de la leyenda, que es narración -y por lo tanto se relaciona con lo histórico- el mito es creencia, y por lo tanto se relaciona con un sentimiento primitivo de lo religioso.

No debe extrañar, entonces, que los mitos aborden aspectos importantes de la existencia humana y sobrenatural, y sean parte de la herencia cultural de los pueblos primitivos o las culturas en formación.

Enfrentado a los misterios del mundo y de la vida, el hombre antiguo se preguntó: ¿quién? ¿cómo? ¿por qué? ¿para qué? Y el mito le ofreció siempre la primera respuesta a esas preguntas.

Por eso, cuando el mito se convierte en verdad aceptada, se convierte en una forma de aprendizaje de la sociedad que lo cree, se incorpora a su sabiduría acumulada. Se hace conocimiento capaz de proponer un sentido de unidad para el cosmos y dar un sentido a la vida humana .

Cualquier buen estudio sobre el tema deberá destacar que el mito expresa siempre la necesidad que siente todo ser humano, y por lo tanto su comunidad, de estar consciente de sus raíces.

I
EL RASTRO HUMANO

LA PINCOYA

LA PINCOYA es la encarnación de la fertilidad del mar y de las playas.[1]

Suele representársele con figura de sirena, pero a diferencia de esta conquistadora de hombres, la Pincoya luce feliz, con su larga cabellera al viento, en compañía del Pincoy.[2]

Ya sea que dance desnuda en la playa o tome el sol sobre las rocas, podrá hacerlo de cara al mar o vuelta hacia la tierra.

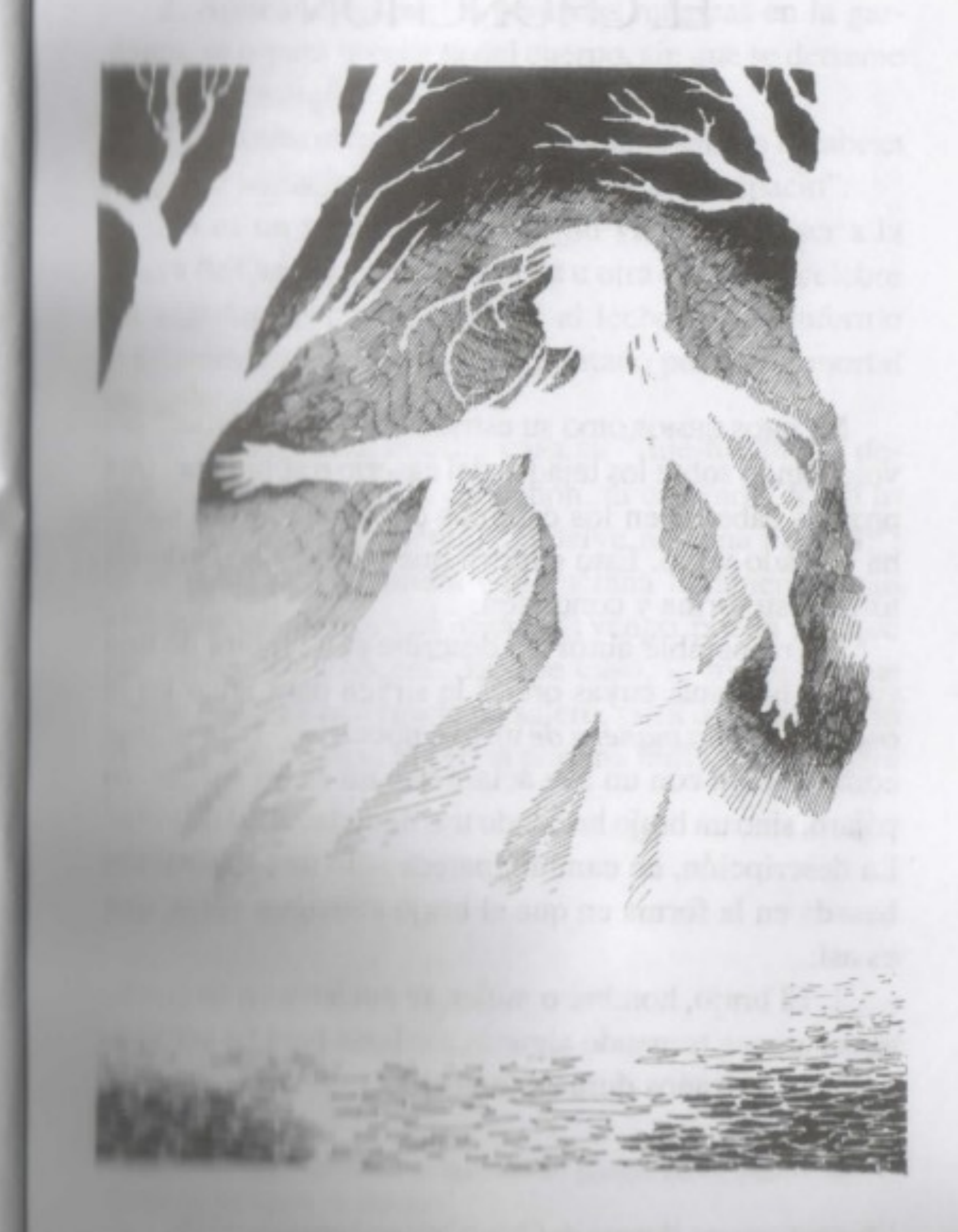
Si la Pincoya aparece de cara al mar, los lugareños saben que les espera una temporada abundante de peces y mariscos. Si por alguna razón quiere producir escasez en esa zona o trasladarlos a otro sitio, le bastará con volverle la espalda al mar.

Los pescadores saben que la Pincoya y el Pincoy,

[1] Diosa, dicen varios autores.
[2] Su esposo o amante, para la mayoría; para otros, su hermano.
Siempre que se ha creído necesario dar alguna información adicional, ella se entrega en las notas complementarias al final del libro.

como toda pareja feliz, aprecian la amistad y la diversión. Por eso, cuando desean atraerlos, organizan bulliciosas fiestas con acordeón y guitarra. Si el grupo sube a una lancha y se dirige a una determinada playa donde bailan, cantan y ríen, la Pincoya los seguirá, llevando con ella abundancia de peces y mariscos al sector.

En nuestra época no se debe hablar de la Pincoya sin valorar su sabiduría ecológica: "Se dice que cuando los pescadores pescan con mucha frecuencia en un solo paraje, la Pincoya se enoja y abandona aquellos lugares, que luego quedan estériles."



EL CHONCHÓN

MUCHOS HEMOS OÍDO su estridente "¡tue-tue-tue!" revoloteando sobre los tejados del caserío o sobre nuestras propias cabezas en los caminos del campo, pero nadie ha logrado verlo. Esto explica que no haya acuerdo en torno a su forma y condición.

Un respetable autor[1] lo describe con "figura de una cabeza humana, cuyas orejas le sirven para volar en la oscuridad, *a la manera de* un ave nocturna." Esta última comparación con un ave aclara que no es un verdadero pájaro, sino un brujo haciendo uso de su facultad de volar. La descripción, en cambio, parece sólo una suposición basada en la forma en que el brujo consigue volar, que es así:

1. El brujo, hombre o mujer, se encierra en su cuarto al oscurecer, tomando algunas medidas para no ser visitado por extraños durante la noche.

[1] Tomás Guevara: *Historia de Chile* (Chile prehistórico), 1929.

2. Aplicándose ciertas pomadas mágicas en la garganta, se separa la cabeza del cuerpo, sin que se derrame ni gota de sangre.

3. Mientras el cuerpo reposa plácidamente, a la cabeza "le salen inmediatamente alas y se lanza al espacio".

No es un vuelo sin rumbo. Su viaje puede ser a la cueva de Quicaví, de Salamanca u otra en que se celebre un *aquelarre*;[2] puede dirigirse al lecho de un enfermo o a causar cualquier "daño" solicitado por algún mortal enojado con otro.

Si oímos sobre nuestra casa su "¡tue-tue-tue!", debemos decirle: "¡Pasa, chonchón, tu camino!" Y así lo hará. Porque si le dijeran: "¡Vuelve mañana por sal!", al otro día se presentará una anciana harapienta o un elegante caballero, que dirán: "¡Vengo por la sal que me ofrecieron anoche!" En ese caso, lo mejor que se puede hacer es entregarle un salero, pues de lo contrario el chonchón tomará la oferta por una burla y se vengará cruelmente.[3]

[2] Junta o reunión nocturna de brujos, con posible participación del demonio, en figura de chivato.
[3] Ver Notas Complementarias.

EL TRAUCO

FALTAN ESTUDIOS CIENTÍFICOS que determinen con exactitud el grado de adaptación del trauco a las nuevas condiciones de vida que le impone el constante deterioro de su hábitat, el bosque de Chiloé.

Si el trauco no se adaptara, estaría en serio peligro de extinción esta especie mitológica, que algunos emparientan, con razón, con sátiros y faunos[1] grecolatinos, y sin razón con los traviesos duendes.

Las descripciones físicas del trauco lo presentan como un enano deforme, de no más de 84 centímetros de altura.

Vive en el hueco de los árboles o en cavernas naturales, alimentándose de frutos del bosque como un hombre primitivo. Y como él, usa un hacha de piedra, con la que anuncia su presencia golpeando los árboles. A imitación del hombre moderno, en cambio, se esmera

[1] Sátiro: divinidad agraria griega, con cuerpo de hombre y cuernos, patas y cola de chivato; muy enamoradizo.
Fauno: divinidad romana de la fertilidad, también campestre.



en presentarse bien vestido, con traje de quilineja y un sombrero tipo cucurucho, tejido de parecidas fibras silvestres.

Sus piernas cortas y chuecas terminan en un remedo de pie sin talón y sin dedos, lo que le da un andar inseguro. Para superar este defecto, el trauco usa un bastón llamado pahueldún, tan retorcido como él, y con el cual llega a identificarse. Así, cuando el chilote cree encontrar un pahueldún botado en el bosque, lo azota contra una piedra, sabiendo que el trauco sufrirá en su cuerpo el dolor del castigo. Llegando a casa, colgará el palo sobre el fogón y, si efectivamente era un pahueldún, goteará un líquido espeso, que tiene la propiedad de curar los males físicos causados por el trauco.

Y éstos son muchos, porque el trauco es un personaje perverso. Verdadero sicópata del bosque, se instala sobre un tronco con inofensivo aspecto de contemplar el paisaje. Sin embargo, en cuanto aparezca una figura humana, caerá sobre ella el maleficio de su mirada o el nefasto poder de su aliento.

Conviene advertir que su magia actuará de modo muy distinto según sea el sexo de la persona. Si es un hombre, se ensañará con él, causándole torceduras de cuello, muecas en el rostro, tullimiento de huesos y otros males en los que siempre se adivinará la intención de causar deformidades parecidas a su propio aspecto.

¿Y si la persona sorprendida por el trauco es una mujer? En este caso, toda su furia se mudará en pasión amorosa, y ya no descansará hasta seducir a la dama,

generalmente una joven que se ha internado imprudentemente en el bosque. Para conseguirlo recurrirá a la magia, suméndola en plácidos sueños, en los que él se le aparecerá como un apuesto galán.[1]

[1] Ver Notas Complementarias.

TRENTRÉN Y CAICAIVILU

En el remoto pasado del pueblo mapuche, dos espíritus muy poderosos se encarnaron en gigantescas serpientes.

Una –caicaivilu- agitaba en el mar su profundo odio al género humano. La otra –trentren (o chrenchren)- miraba con afecto al hombre desde la cumbre de un cerro.

Un día caicaivilu se propuso la destrucción de los seres, haciendo subir las aguas del mar. Trentren, que desde la cumbre observó la retirada del mar que precede a un maremoto, dio oportuno aviso a los "hombres de la tierra". Los llamó a trepar al monte, donde ella los pondría a salvo, junto a los animales y las aves.

Pumas y zorros, llamas y huemules; peucos y torcazas, queltehues, pidenes y chucaos olvidaron enemistades o recelos, corriendo y volando juntos hacia la salvación.

La respuesta humana, en cambio, fue mucho más lenta. Estaban los ancianos que se negaban a dejar su tierra "de toda una vida", las mujeres que querían cargar con todo, desde el telar hasta la piedra de moler. Y no faltaban los incrédulos, los indecisos que "ya lo pensarían" y los que "no pasa na".

Entretanto, las aguas subían incontenibles, arrasando chozas, ahogando a los confiados y a los lentos, que iban quedando convertidos en peces, mariscos o peñascos.

Sólo un pequeño grupo avanzaba hacia la cumbre, mientras el mar lamía sus talones. El poder destructivo de caicaivilu parecía triunfante, pero trentren no abandonaba a la raza amiga, elevando la altura del cerro a medida que subían las aguas.

Gracias a ese truco lograron salvarse una o dos parejas, a las que aún se les impuso una pena más: debieron ofrecer en sacrificio a uno de sus pequeños hijos, que arrojado al mar logró calmar la furia de caicaivilu, con lo cual las aguas retrocedieron lentamente hacia sus playas.

Todos los pueblos de la tierra guardan la memoria de un diluvio, y el lector de hoy ya habrá comprendido que ésta es la visión del diluvio mapuche.

Por lo tanto, el valeroso pueblo cantado por Ercilla en *La Araucana* descendía de aquellos milenarios sobrevivientes.

Y es notable que a la ola invasora respondieran con los mismos legendarios recursos: su resistencia física, la protección de su naturaleza y el sacrificio de sus hijos.

EL CALEUCHE

Si encargáramos investigar las apariciones del Caleuche a un organismo tan serio como la NASA, seguramente lo clasificaría de OFNI: objeto flotante no identificado. La tradición chilota, en cambio, acumulando antecedentes de generación en generación, hoy puede considerarlo plenamente identificado.

El Caleuche es un barco fantasma o "buque de arte",[1] que navega los mares de Chiloé y los canales del sur. Nada le impide arribar a cualquier puerto, aunque siente predilección por algunos como Llicaldad, Tren-tren y Quicaví,[2] o fondeaderos como Yutuy, Punta de Quemchi y otros.

El Caleuche está comandado por brujos que tienen la particularidad de andar sobre una sola pierna, mientras la otra "la llevan doblada por la rodilla" y amarrada a la

[1] Arte: "ciencia de los brujos. Buque de arte: "Caleuche" (*Diccionario de Chiloé*: R. Cárdenas y C. A. Trujillo, 1978).

[2] Aquí está la famosa Cueva de Quicaví, centro de reunión de los brujos.

espalda. Además de su tripulación estable, el Caleuche lleva a bordo a isleños que han entrado en trato con los brujos, "invitados" a quienes quieren tentar con tesoros ocultos y también algunos "secuestrados" por delitos tales como haber faltado a sus pactos secretos, blasfemar contra el poder de los brujos o simplemente haber visto al buque de arte.

Como su tripulación, el Caleuche tiene características y poderes muy especiales.

En primer lugar, puede sumergirse a voluntad, cumpliendo funciones de submarino. Además, puede permanecer a plena luz del día y a la vista de todos, aunque convertido en un simple trozo de madera flotante o una roca saliente cerca de la playa. En ambos casos, sus tripulantes disfrutarán del agua o retozarán en la playa, convertidos en juguetonas toninas, aves acuáticas o lobos marinos.

De todos los poderes del Caleuche, acaso el más deslumbrante y también el menos discutible es el de su profusa iluminación, visible a gran distancia.

Como el Caleuche castiga a quienes lo espían, casi todos los testimonios sobre su presencia o sus poderes se deben a encuentros casuales.

Así, por ejemplo, le ocurrió al esposo de doña Margarita Cárdenas, cuando ellos vivían solos en Quenac:

Una mañana vio un enorme tronco de árbol flotando a metros de su playa. Pensando arrastrarlo para leña, lo amarró con cadenas a su robusta yunta de bueyes. Sin embargo, cuando éstos tiraron, el "tronco" retrocedió

velozmente, sumergiéndose y arrastrando consigo a los bueyes hacia el fondo del mar.

Temeroso de las represalias de los brujos, el matrimonio guardó el secreto hasta 1970, en que ya de 72 años de edad, doña Margarita se decidió a contarlo.[1]

Sobre la prodigiosa iluminación del Caleuche hay numerosos documentos.

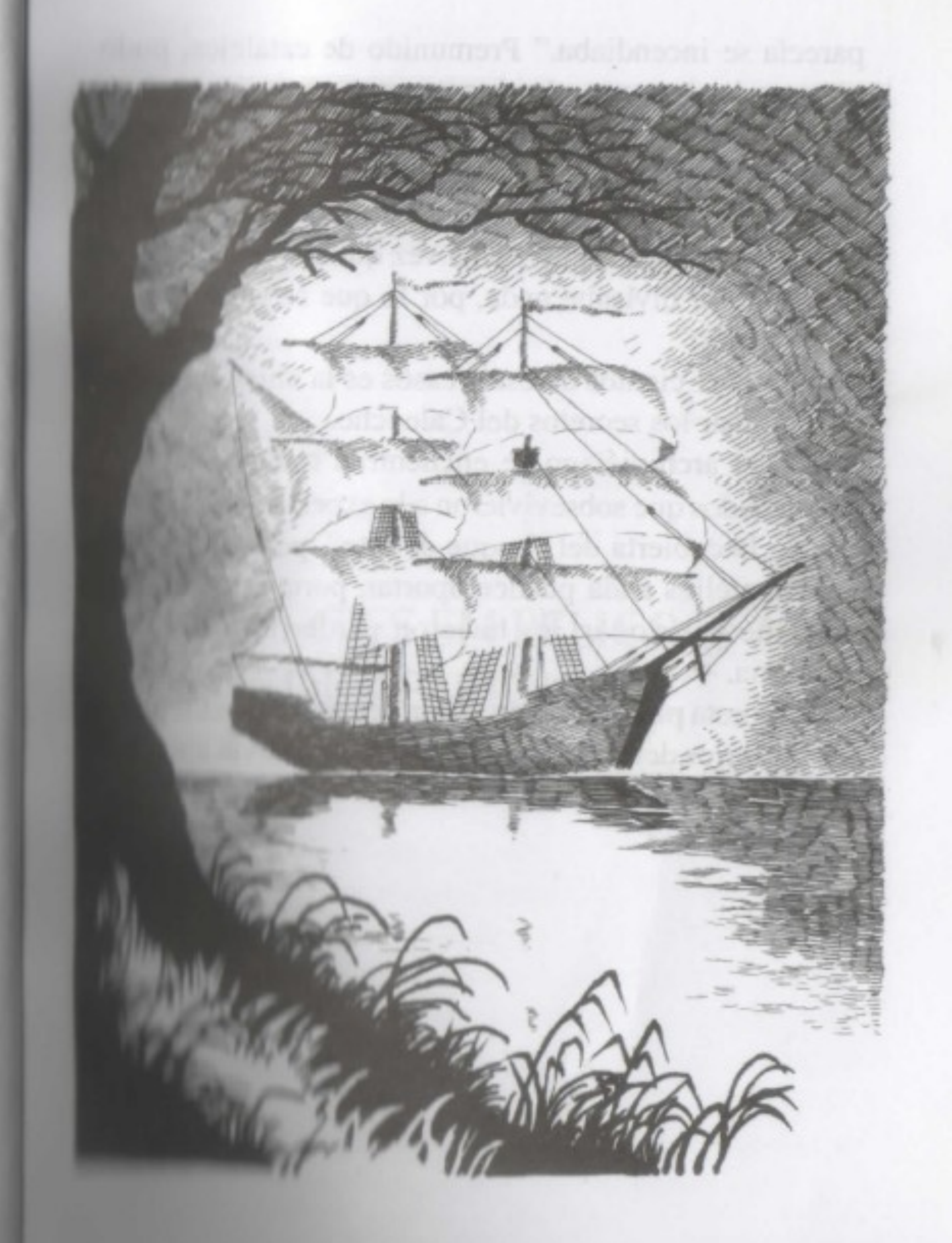
Un experto marino –oficial de guardia del buque *Copiapó*- comunicó a la Capitanía del puerto de Valparaíso, que un barco muy luminoso pasó junto al suyo, "sin hacer ruido sobre las aguas, sin detenerse ni responder a sus señales". (1911).

¿Y quién dudaría del oficial Agustín Prat Von Seitz, segundo comandante de la escampavía *Huemul* de la Armada Nacional?

Cuenta el sobrino del héroe de Iquique [2] que "a las 3h 45m del domingo 8 del mes en curso", la guardia le avisó que se acercaban dos luces blancas, cuyo aspecto "a la vez que grande era muy poco común..." No creían que fuesen luces de un remolcador, pues "venían como suspendidas en el aire a una altura no menor de un metro y sin verse embarcación alguna..." "Iba a salir a cubierta, cuando percibí que por la claraboya de mi camarote entraba una gran claridad que lo iluminó a tal punto que

[1] Testimonio incluído en *Abordaje al Caleuche*, de Antonio Cárdenas Tabies, 1980.

[2] En carta publicada por la *Revista Católica*, Nº179, del 2 de enero de 1909.



parecía se incendiaba." Premunido de catalejos, pudo observarlas "avanzando siempre con una velocidad no menor de siete nudos ni mayor de quince". Después de permanecer largo rato en unas carboneras fiscales, emprendieron "de nuevo su vertiginosa marcha" en dirección a Punta Aguy. "Una vez que hubo clareado el día ya no se divisaba nada, por lo que se suspendió la observación".

Conocer cientos de estos casos es la única forma de desentrañar los secretos del Caleuche.

En el archipiélago se encuentran todavía muchos desdichados que sobrevivieron a la experiencia de haber pisado la cubierta del "buque de arte", pero desgraciadamente ellos nada pueden aportar, porque los brujos, antes de dejarlos ir, les hicieron perder la razón y la memoria.

Con esta precaución procuran seguir perteneciendo a los misterios del cielo, mar y tierra, que todavía abundan en el mundo actual.

II
ESPECIES EN PELIGRO DE APARICIÓN

ANDAN LOS ECÓLOGOS ¡y con razón! Preocupados por las numerosas especies de la flora y fauna chilena en peligro de extinción. Preservemos la llama y la vicuña –dicen ellos–, el alerce y el huemul del escudo.

Pero conservemos también –digo yo– aquellas especies fabulosas que pueblan el mito. Ellas estarán en constante peligro de aparición a la vuelta de estas páginas.

EL ALICANTO

SÓLO EL MINERO, que pasa buena parte de su vida sin ver el cielo, pudo imaginar un pájaro que no vuela: es el alicanto.

Vive en las cercanías de las minas de oro y plata, y no por capricho: esos minerales constituyen su alimento preferido. No es raro, entonces, que con el estómago cargado de tan preciosa ración le sea imposible alzar el vuelo.

Tampoco es raro que sus ojos despidan plateados destellos, y sus alas tengan brillo luminoso. Ni siquiera podrá extrañarnos que ponga huevos de oro o plata, según sea el mineral donde anide.

La parte verdaderamente asombrosa del alicanto se refiere a ciertos extraños poderes que Dios le dio.

Lo primero es que su cuerpo no proyecta sombra alguna sobre la tierra. Lo segundo es la capacidad de apagar a voluntad el fulgor de sus alas, si se siente perseguido. Este recurso, sumado a su precaución de abandonar el nido sólo al anochecer, ha salvado a esta especie mitológica del peligro de extinción.

También ha contribuido el hecho de que, al revés de lo que sucede con otras valiosas aves que viven en vecindad del campesino –torcazas, perdices, codornices-, un minero jamás mataría a un alicanto. Todo lo que quiere es seguirlo ¡ustedes ya adivinan por qué! Y también lo sabe el alicanto.

Porque él no es el portero de la mina, que cuida sus tesoros, sino un habitante de la naturaleza que puede conducir por el camino correcto al hombre que sepa interpretar sus señales.

Aunque la historia no lo diga, la leyenda sabe que un alicanto guió al cateador Juan Godoy por cerros y quebradas, antes de mostrarle el rico mineral de plata de Chañarcillo, el 16 de mayo de 1832.

Porque el alicanto sólo entrega sus tesoros a los mineros de corazón. Al verse perseguido, somete a prueba al hombre: se esconde para probar su inteligencia; lo hace subir y bajar para demostrar su constancia; lo hace esperar y desesperar para probar su fe. Si descubre que sólo lo guía la codicia, apaga sus alas, se camufla tras un peñasco o su indignación puede llegar al extremo de conducirlo hasta el borde de un barranco.

Sólo cuando descubre una auténtica vocación minera, el alicanto se convierte en lazarillo alado que conduce al hombre hacia la veta de mineral más fino.

La historia de la minería chilena está llena de "casos incomprensibles" para el ingeniero, o "extrañas circunstancias" para el periodista, pero que resultan absolutamente normales en tanto se estudian las sabias costumbres del alicanto.

Por ejemplo, serios historiadores escriben que el arriero Fermín Guerra, de viaje a Copiapó, "de pronto *perdió el rumbo* y anduvo mucho rato *desorientado*, hasta que finalmente llegó a una sierra que tenía tres depresiones, y allí encontró una veta".[1] Refifiéndose al pueblo de "Tres Puntas", surgido en ese hallazgo, dice sorprendido el diario de Copiapó: "Como *por encanto* hemos visto levantarse hermosos edificios particulares y obras públicas de importancia. Asombra ver aparecer como *por mano de hada*..."

¡Y tenía a medias razón! Porque, como en toda labor minera, el encantamiento existía. Pero no de rubias hadas extranjeras, sino del legendario alicanto nacional que, como los sufridos mineros renunció a su porción de cielo por buscar en las entrañas de la tierra la riqueza que ésta guarda –no esconde– para todos sus hijos.

[1] En el libro *Cien años de minería en Chile* (citando a Benjamín Vicuña Mackenna y otros), 1980.

EL CUERO

JAMÁS LO VI, pero recuerdo la forma exacta del miedo que produce: el frío que al nombrarlo sube desde el talón a la nuca, como si su solo nombre pudiera congelar el río en pleno verano.

Porque allí vive: en ríos o lagunas.

Tradicionalmente se le ha descrito con forma y tamaño de un cuero de vacuno extendido, aunque algunos le agregan detalles muy curiosos. Por ejemplo, que tiene cuatro ojos en su cabeza plana y muchos otros repartidos por todo el cuerpo. Los bordes de su rarísima figura aparecen rodeados por uñas y ventosas.

Al igual que a los humanos, al *cuero* le gusta tenderse al sol, pero no sobre la playa, sino "a flor de agua", listo para retornar al fondo en tanto aparezca algún pescador desprevenido o un bañista imprudente.

Por eso muchas veces se informa de algún paseo campestre que terminó cuando alguien se lanzó en un audaz "piquero", y nunca apareció.

–"Fue como si se lo tragara el río..." –declara después

algún asombrado testigo– pero lo más probable es que haya sido atrapado por un *cuero*.

Apenas una víctima se pone a su alcance, el *cuero* se enrolla sobre ella, la succiona con sus ventosas y con sus uñas se cierra como un saco de dormir.

Tanto daño puede causar el *cuero* en un sector, que sus habitantes han intentado muchos modos de cazarlo. El más efectivo es tirar al río o laguna un tronco de quisco, del tamaño de un niño. El *cuero* lo envolverá fuertemente, y las duras espinas de la planta lo atravesarán, impidiéndole volver a extenderse.

Un dato importante: puede encontrársele en cualquier zona, y aunque en algunos lugares se le conozca con el pacífico nombre de *manta*, es el mismo temible animal.

Así lo prueban testimonios de antiguos vecinos de Chiloé y toda la Región de los lagos; o desde la Araucanía a las riberas del Bío Bío; o de lugares tan diversos como Buin, Coihueco y Talagante. Ni siquiera en las ciudades podemos sentirnos completamente libres de él, pues muchas veces ha incursionado en áreas urbanas.

Un buen ejemplo es la laguna de Viña del Mar, donde Benjamín Vicuña Mackenna[1] cuenta el caso de dos carpinteros que fueron tragados por las aguas, en presencia de numerosos testigos, los que no dudaron en culpar a un *cuero*.

[1] En su libro *De Valparaíso a Santiago*.

EL CHUPACABRAS
¿UNA MODERNA CLONACIÓN DEL PIGUCHÉN?

YA ADVERTIMOS al lector de este libro que a la vuelta de cualquiera de sus páginas podría acecharle una especie en peligro de aparición. Y que ellas resistían hasta hoy la amenaza de extinción por parte del mundo moderno, lo demostró hacia fines del siglo XX la prensa nacional. En efecto, diariamente informaba de una misteriosa mortandad en gallineros o rebaños de cabras y ovejas, las que aparecían muertas pero enteras, sin otra señal que habérseles chupado la sangre.

Este es un caso en que la mitología se cruza con el periodismo, el presente con el pasado, nuestro libro con la prensa diaria.

La pregunta del título está hecha desde el presente al pasado, pero también puede hacerse desde el pasado al presente: El Piguchén, ¿antepasado del Chupacabras? porque, para seguir el orden del libro, el mito de esta página es...



EL PIGUCHÉN

AUNQUE NADIE lo ha visto, se da por hecho que el Piguchén comparte dos atributos que parecen propios de los seres infernales: la perversión y la fealdad.

En Talagante, por ejemplo, aseguran que es una culebra que, de puro vieja y ya aburrida de vivir, se transforma en una especie de rana gigante, cubierta por un finísimo plumaje y con alas tan cortas y anchas, que sólo le permiten cortos vuelos. Posee patas gruesas y unos espantables ojos saltones.

En Coínco agregan un elemento práctico para la operación anterior: su cabeza termina en un pico largo y delgado...

En Vichuquén lo pintan como una culebra con alas perfectamente emplumadas...

En Coihueco le asignan ciertos gustos exclusivos: prefiere las ovejas negras...

Pero es en Melipilla donde dan la clave para comprender el nombre con que la prensa ha bautizado su reaparición: dicen que se alimenta de la sangre que *chupa a las cabras* y ovejas...

EL PIHUICHEÑ MAPUCHE

YA QUE AVENTURAMOS prolongar la historia del Piuchén hacia el presente, es justo estirarla también hacia el pasado.

Así encontraremos su origen en la mitología mapuche, primera fuente donde se lo describe como serpiente con alas, que vuela de noche y se alimenta de sangre humana o animal. Suele actuar en alianza con algunas machis.

A las características ya comentadas, en la mitología mapuche se agrega una muy especial: cuando llega a vieja, esta serpiente alada se transforma definitivamente en un ave del tamaño de un gallo... No varía, sin embargo, sus dañinas costumbres.

Desde la conquista española, este *Pihuicheñ* llamó la atención de importantes cronistas, historiadores, antropólogos y naturalistas...

Uno de ellos apunta que el mito se basaría en la existencia de un "murciélago vampiro" –de nombre científico Desmodus dorbinyi- en la región de Coquimbo.

¿Y no fue la actual Cuarta Región la más afectada por el ataque con que el desconocido *Chupacabras* se

EL CAMAHUETO

LA BIOLOGÍA FOLCLÓRICA lo describe como un gigantesco chivato de mar o elefante marino, coronado por un cuerno que concentra todo su vigor físico y poderes mágicos.

Aunque nace en los ríos, al llegar a su edad adulta –veinte a veinticinco años- emigra hacia el mar. No hay nada de raro en este viaje, ya que lo hace también el modesto salmón. Sólo que el camahueto, por su enorme tamaño y fuerza, se arrastra ensanchando su estero natal, que arrasa con todo, derriba árboles y deja en las tierras de labranza esos profundos tajos que los geólogos atribuyen a la erosión.

Para evitar tales perjuicios, cuando un propietario sospecha la presencia del camahueto en sus tierras, debe contratar a un brujo especializado, llamado *lacero*. Este conoce ciertas algas marinas con las cuales hará el único lazo capaz de dominarlo, siempre que lo sorprenda en tierra. De un rápido golpe de machete, el brujo arrancará el cuerno con lo que el camahueto perderá todo su poder, y se dejará guiar mansamente hacia el mar.

El brujo, entre tanto, habrá sumado a su magia las virtudes del cuerno. Si ahora quisiera vengarse de alguien o lo contrataran para causar un mal, le bastará con enterrar un pedacito del cuerno en tierra. De inmediato comenzará a crecer un nuevo camahueto en el terreno que se desea dañar.

La raspadura de cuerno de camahueto tiene variados usos en el recetario mágico. Una pequeña porción mezclada con la ración diaria de los bueyes les dará fuerza extraordinaria. Los afuerinos que ignoran este secreto, no se explican cómo los chilotes pudieron transportar pesados aserraderos en plena Cordillera de la Costa, en que las vueltas del camino impiden tirar a más de una yunta de bueyes.

También estas raspaduras actúan como poderoso tónico en el hombre, aunque en este caso el brebaje debe ser preparado con mucho cuidado, pues un leve exceso en la dosis podría causar locura. En forma de cataplasma tiene admirables efectos en la curación de zafaduras o quebraduras de huesos.

Todo lo positivo que pueda conseguirse del camahueto una vez domado por el brujo, tiene su contrapartida en el mal genio del animal en libertad, que es capaz de alterar el clima. Sus poderosas cornadas en las rocas y sus furiosos bramidos producen relámpagos y truenos. Mientras sus revolcones en el agua desatan esos aguaceros de verano, que tanto sorprenden a los turistas que visitan Chiloé, la tierra natal del camahueto.

EL CABALLO MARINO

Aunque muchos puntos geográficos suelen disputarse la cuna del caballo marino, la verdad es que en casi todas las tradiciones costeñas existe la creencia en estos corceles que a las verdes praderas prefieren las profundidades del mar, ríos, lagos o lagunas.

En Chile, sin ir más lejos, los vecinos de la laguna de Llico están convencidos de que ella alberga uno de estos animales mitológicos que –tal como los caballos terrestres cambian de potrero- cada cierto tiempo abandona sus aguas nativas y se traslada a la laguna de Calmil, arreando consigo hasta allí una abundante pesca.

Donde quiera que haya nacido, este caballo fabuloso es hijo legítimo del mar. Y, "vivo retrato de su padre", representa el incansable oleaje marino, siempre arrojando espuma por la boca y lanzando estruendosos relinchos. Corre a la velocidad del viento costeño y sólo se deja domar con riendas de sargazo.

Es así como habrán logrado montarlo los primeros brujos de Chiloé, que desde entonces lo usan para



trasladarse de una isla a otra, ya sea para cometer sus fechorías, asistir a sus *aquelarres* (asambleas de brujos) o simplemente para abordar el *Caleuche* en alta mar.

Según testimonio de quienes lo han visto, tiene la altura de un *quincho* (cerco de estacas) ¡y tan largo que sobre su lomo puede llevar cómodamente un *cabildo*[1] completo!

[1] Comisión de 13 miembros creado por los misioneros jesuitas, para atraer a la religión católica a los indígenas de Chiloé. Una de sus tareas era organizar la fiesta anual de la parroquia del lugar.

EL BASILISCO

Especie cosmopolita de la fauna mitológica chilena, el Basilisco fue conocido por los antiguos griegos, de cuya lengua proviene su nombre, que significa "reyezuelo", pequeño rey. Eso dice el *Diccionario de la Real Academia de la Lengua*, que lo define como "animal fabuloso, al que se atribuía la propiedad de matar con la vista".

Ya en la *Biblia* David y Salomón lo citan como una serpiente venenosa. Plinio el Viejo –historiador romano que murió durante la erupción que destruyó Pompeya–, lo describe como serpiente con una especie de corona en la cabeza, aunque a los colchagüinos les pareció siempre una simple cresta de gallo.

Así lo dice en 1910 el chileno Julio Vicuña Cifuentes en sus *Mitos y Supersticiones*, cuyas informaciones coinciden bastante con las del *Manual de Zoología fantástica*, (1957), del gran escritor argentino Jorge Luis Borges.

El Basilisco –al menos en la forma que la especie

evolucionó en la mitología chilena– nace de un pequeño huevo redondo que pone un gallo muy viejo, según decían en Chillán, o cuando cumple siete años, como aseguraban en Curicó. En su *Diccionario de la lengua y de la cultura de Chiloé* (1994), Renato Cárdenas dice que puede ser puesto "por una gallina vieja o un gallo colorado".

A diferencia de otros monstruos temibles, èl Basilisco se esconde debajo de las casas o en cuevas, desde donde sólo asoma la cabeza. Una sabia precaución, pues si le basta una mirada para matar a su víctima, también una sola mirada de ésta lo mataría.

Este poder de matar y morir por la mirada es usado como defensa por quienes temen cruzarse con él: llevan un espejo en la mano, que devolvería al Basilisco su propia mirada, causándose una muerte instantánea.

Porque no es raro que en este raro animal, su mirada se convierta en un verdadero *bumeran*, esa rara arma arrojadiza, que si no da en la presa vuelve al cazador.

LEYENDAS

La leyenda es una crónica imaginativa del pasado de una comunidad. Es una ficción, pero se basa en hechos posibles ocurridos en lugares geográficos conocidos y con participación de personajes reales.

Según su origen o fuente de inspiración de la cual provengan, las leyendas pueden dividirse en tres tipos: mitológicas, históricas o religiosas.

LA TIRANA DEL TAMARUGAL

La Tirana es un pueblo de la Pampa del Tamarugal, a solo 84 kilómetros del puerto de Iquique y a 1.010 metros sobre el nivel del mar.

Allí donde hoy se celebra la más concurrida fiesta religiosa del país[1]*, a mediados del siglo XVI nacía –como hija legítima de la historia americana– la primera leyenda del territorio que por entonces comenzaba a llamarse Chile.*

Esta historia comienza en el Cuzco, cuando en julio de 1535 parte hacia Chile la expedición de Diego de Almagro. Para facilitar su paso por tierras del incas, el español consiguió la compañía de Paullo Tupac, príncipe incásico, y Huillac Huma[2], último sumo sacerdote del culto del Sol, quien viajó con la Ñusta Huma, su hija de 23 años.

[1] Fiesta de "La Virgen de la Tirana" o "La tirana de Tarapacá".
[2] "Villac-umu o pontífice del sol", dice Francisco de Encina en *Historia de Chile* (tomo I pág.147), Nascimento, 4ª. Edición, 1953.

Ya instalados en la zona de Atacama, el sumo sacerdote abandonó a los españoles para colaborar en una rebelión indígena, promovida desde el Cuzco.

También huyó su hija, con un centenar de servidores y *wilkas*, valientes capitanes, con los cuales estableció sus dominios en los bosques de tamarugos, árboles que dieron nombre a la actual Pampa del Tamarugal. La Ñusta gobernaba con tal dureza, que hasta lejanas comarcas comenzó a conocérsela como "la tirana del Tamarugal"

Su linaje, belleza y valentía le ganaban la obediencia de su gente tanto como el temor de sus enemigos. Y con razón, pues cualquiera que fuera hecho prisionero solo debía esperar por sentencia la muerte.

Y así fue hasta el día en que debió juzgar a un joven y apuesto extranjero.

¿Quién era?

Dijo llamarse Vasco de Almeyda.

¿De dónde venía?

Dijo pertenecer a un grupo de mineros portugueses establecidos en Huantajaya.

¿Qué hacía en las cercanías de su campamento?

Dijo andar buscando la "Mina del Sol", cuya existencia le revelara un cacique amigo.

Siguiendo la costumbre, capitanes y ancianos propusieron darle muerte inmediata, pero la sacerdotisa observó los astros y consultó a los antepasados, y en unos y otros dijo ver signos de que la sentencia debía postergarse hasta la cuarta luna llena.

Fueron cuatro meses de hastío para sus guerreros y de supersticioso temor para su gente, pues como capitana no emprendía ninguna campaña, y como sacerdotisa descuidaba totalmente el culto de sus dioses. Con el pretexto de averiguar sobre los invasores, permanecía más tiempo del prudente junto al prisionero, el que a su vez aprovechaba cada instante para evangelizarla, tratando de conquistar su alma para Dios y su corazón para él.

Y avanzaba en ambas campañas, pues cuando se acercaba la tercera luna llena, la enamorada Ñusca le pidió que la bautizara, si de ese modo el dios de él haría que sus almas resucitaran y pudieran encontrarse en el más allá.

Sin sospechar que era vigilada, lo condujo a un arroyo, junto al cual Almeyda plantó una cruz que habría labrado en su cautiverio. Ella se arrodilló y él, tocándola con esas benditas aguas, estaba diciendo las palabras rituales:

–"Yo te bautizo en el nombre del Padres, del Hijo y del Espíritu..." cuando una lluvia de flechas interrumpió la plácida escena, en la que –como quería la sacerdotisa incásica– pasó al más allá junto a su amado extranjero.

Mucho tiempo después, cuando ya en el norte se habían fundado Copiapó y La serena, pasó por el lugar fray Antonio Rondón, evangelizador de la zona de Pica. Grande debió ser su sorpresa cuando en medio de esos bosque de tamarugos vio alzarse una cruz cristiana.

Tomando el hecho como una señal divina, decidió edificar en aquel mismo sitio una iglesia que hasta hoy se sigue llamando de Nuestra Señora del Carmen de la Tirana.

Cada 16 de julio se celebra allí la Fiesta de la Tirana de Tarapacá, nombre que representa muy bien el sentido histórico, religioso y folclórico de esta leyenda y las expresiones de religiosidad popular que ha inspirado.

LA AÑAÑUCA

AL QUE HA VISTO florecer el jardín, le falta una maravilla: ver florecer el desierto. El fenómeno se llama ¡*desierto florido*! y se produce ciertos años en que unas cuantas lluvias permiten la aparición de flores multicolores.

Pero ni eso exige la añañuca, que con sólo el "riego" de una densa neblina, enciende aquí y allá sus luces rojas, como diciéndole ¡alto! al desierto que ya la atropella.

Cuenta la tradición que esta flor nació "de la noche a la mañana". Para volver a ese día hay que retroceder al tiempo de la conquista española, y más atrás aún, al tiempo de la dominación inca. Y hay que ir por valles y cerros del norte, hasta encontrar ese poblado[1] en que vivía una hermosa joven, la flor del lugar, Añañuca.[2]

Admirada públicamente y envidiada o amada en secreto, ella correspondía entregando su amistad a todos, su amor a ninguno. Hasta que un día pasó por el poblado un joven

[1] En la divulgada versión de Manuel Gandarilla, ese poblado sería Monte Patria, y la época –demasiado reciente– la colonia española, cuando se llamaba Monte Rey.
[2] Ver Notas Complementarias.

cateador,[3] buen mozo y alegre. Es decir, él pensaba pasar por allí, pero al conocer a la joven creyó encontrar lo que buscaba y se quedó. Ella también creyó que había llegado lo que esperaba, y le entregó su corazón de oro.

Y, como en los cuentos, "fueron muy felices". Pero no por mucho tiempo. Porque un día el minero tuvo un sueño, dicen unos, o un dato, dicen otros –o encontró un nido de alicanto, digo yo- y partió tras ese derrotero.[4]

Añañuca soñó primero verlo volver cargado de piedras de fina ley,[5] después imaginó que volvía para llevársela a tierras lejanas; por último, lo creyó víctima de un rodado y sólo deseaba curar sus heridas.

Pero no volvió rico ni pobre ni herido. "Se lo tragó la tierra".

Añañuca no "vivió muchos años", como en los cuentos. Se murió pronto de una enfermedad bien conocida por las "machis" indígenas, las "meicas" campesinas y los doctores de la gran ciudad.

El cielo se pobló de nubes a la hora de su muerte y llovía cuando la enterraron.

Al día siguiente, el sol volvió a ocupar su lugar en el cielo nortino. Y la tumba de la hermosa joven que murió de amor se cubrió de flores rojas.

La verdad es que todo el valle desteñido, los cerros pardos, se teñían de esta flor del norte.

La llamaron Añañuca.

[3] Cateador: explorador del terreno en busca de vetas mineras.
[4] Derrotero: indicio o señal que la presencia de minerales deja ver en la superficie, y que guía al "cateador".
[5] Ley fina: alta proporción de mineral puro.

JUAN SOLDADO

Este personaje da origen a la leyenda chilena más antigua que se conserva, desde la llegada de los españoles: la que explica el nombre de Juan Soldado de un conocido cerro de La Serena.

Para Manuel Concha,[1] se llamaba Juan Díaz y su apodo de Juan Soldado le venía de su comportamiento demasiado orgulloso para su modestísima condición de hombre de pueblo, sin bienes, aunque dueño de cierta innata simpatía. A la menor discusión pública sacaba a relucir su calidad de "soldado de don Juan de Austria, hijo de don Felipe IV", con quien habría hecho la campaña de Nápoles.

Estos arrestos de hombre de honor lo llevaron incluso a retar a duelo a dos de los más prominentes vecinos de la ciudad que lo habían insultado, en 1681. Sea porque la dignidad de su rango se lo impedía –como aseguraron ambos, o por cobardía, como les dijo Juan– los dos

[1] En *Tradiciones serenenses*, 1883.

varones lo rechazaron indignados y fueron a quejarse ante el cura. En el sermón dominical, éste condenó al "soldadillo" como ofensor a las buenas costumbres y la sociedad serenense lo expulsó de la ciudad.

Juan Soldado marchó al destierro con la cabeza en alto y el paso firme. La paz volvió al lugar.

Tiempo después, cuando el asunto parecía totalmente olvidado, dos distinguidos vecinos de la ciudad amanecieron muertos a puñaladas. Eran don María de la Peña y don Justo de Cepeda, los mismos a quienes en vano exigiera "limpiar su honor" Juan Soldado.

Como era de esperar, se promulgaron bandos al son de trompetas, llamando a encontrar, capturar o denunciar a Juan Díaz, alias el Soldado. Pero pasó el tiempo sin que jamás se diera con su paradero, y la vida retomó su curso normal.

Años después, cuando el nuevo asunto parecía también olvidado, los que se aventuraron a cazar, ir por leña o simplemente pasaban por el cerro ubicado al norte de La Serena –de 1.170 metros de altura y a unos 35 kilómetros del río Coquimbo– contaban de un venerable anacoreta,[2] llegado de lejanas tierras, que era el primero en avisar la presencia de una nave sobre el mar, previniendo al vecindario de un posible asalto pirata. Desde el púlpito, el mismo cura Padín Morales que había condenado a Juan Díaz, proponía al anacoreta

[2] Anacoreta: religioso que vive en un lugar alejado, entregado a la meditación y la penitencia.



como modelo de virtud. Así pasaba el tiempo y los serenenses, cada vez que el humo de una fogata en lo alto del cerro les anunciaba la cercanía de un barco, agradecían la benéfica presencia del ermitaño.

Y así fue hasta el mismo día en que, fijando unos linderos de la hacienda llamada entonces Punta y hoy Compañía, se descubrió el cadáver del "santo varón", que acababa de morir. Sólo entonces fue reconocido: ¡Era Juan Díaz!

El corregidor Gregorio Cortés y Monroy, que dirigía el grupo, fue de los primeros en verlo.

–Ha expiado su crimen –dijo. Y acto seguido dispuso que, a partir de ese instante, el lugar fuera llamado cerro de Juan Soldado.

LA MINA MALDITA

DURANTE EL PERÍODO de la Patria Vieja, la hacienda Rungue, ubicada en la antigua ruta Valparaíso–Santiago, pareció destinada a ingresar a la historia de Chile, cuando su propietario ofreció donar una parcela al primer soldado que en el campo de batalla arrebatara un cañón a los españoles.

Lo curioso es que nadie recuerda si algún soldado cobró esa recompensa, y en cambio ingresó a la leyenda el nombre de Martín Vega, que a diario salía al campo a dar la batalla por el pan, sin empuñar más armas que sus herramientas de labranza..

Y fue justamente en esas faenas que su arado dejó al descubierto un "papal de plata", como llaman los mineros a un terreno con trozos dispersos de plata nativa, desprendidos de la veta principal de alguna mina cercana.

Vega buscó afanosamente esa veta y, siguiendo el curso noreste del estero Rungue, la descubrió en lo alto de una colina cuyos faldeos descienden a los llanos de Polpaico.

Devoto de la Virgen de las Mercedes, había prometido levantarle un altar en el mismo sitio donde descubriera la mina, y de inmediato se dispuso a cumplir su palabra. Comenzó con una provisoria capilla de piedra, donde instaló una imagen de la virgen, por la cual pagó su peso en plata.

La orden de la Merced se interesó en la naciente capilla, y un domingo envió a un fraile joven y animoso a decir misa en el lugar. Terminado el oficio, el cura se despidió del vecindario y acompañó a Vega hasta la mina, que ya comenzaba a ser visitada por curiosos y cateadores.

Llegaron a las faenas justo cuando un sudoroso *apir*[1] aparecía en la bocamina cargando sobre sus espaldas una "papa" de plata nativa de unos cuarenta kilos. Deslumbrado, el fraile no resistió la tentación de pedírsela, a lo que el devoto minero respondió que esa era una ofrenda de la virgen, y como tal la guardaría.

Pero la vista de aquel tesoro había despertado la codicia del fraile, quien insistió en pedirlo, y al no conseguirlo con ruegos intentó arrebatarlo por la fuerza.

Desconcertado el minero, sin saber cómo reaccionar ante una conducta tan impropia, perdió la paciencia, alzó la mano y le asestó una bofetada.

Ahora el desconcertado fue el fraile, aunque supo exactamente lo que debía hacer: vuelto hacia la bocamina, alzó su mano y, diciendo unas palabras en latín, la maldijo tres veces.

[1] Trabajador encargado de transportar el mineral desde el fondo de la mina hasta la superficie.

Tembló la tierra y un estruendo rodó por la colina, como si un río de piedras se desbordara por debajo de las raíces de los árboles.

¿Y la mina? Nunca más se supo de ella.

¿Y Martín Vega? La leyenda asegura que murió solo y pobre. Tan pobre como murieron muchos descubridores de grandes riquezas mineras de Chile.[2]

Según la tradición oral, Vega descubrió la mina en 1812, "el año de los Carrera", como lo llamó la gente de aquel tiempo.

Más de medio siglo después, Benjamín Vicuña Mackenna, en su hermoso libro *De Valparaíso a Santiago*,[3] escribe: "Hoy día los cerros de Rungue, de Tiltil y de Polpaico están cubiertos de infatigables cateadores, y todos buscan con afán *la mina maldita*. ¿La encontrarán?"

Dan ganas de responderle: –¡Nunca!

Pero nunca digo nunca, porque nadie sabe lo que pueda pasar en el futuro, cuando a los jóvenes lectores de este libro tengan mi edad, y les corresponda contar sus propias historias.

[2] Entre ellos Juan Godoy que, a 50 kilómetros de Copiapó, el 16 de mayo de 1832 descubrió Chañarcillo, el mineral de plata más rico de Chile.

[3] Imprenta de la Librería del Mercurio, Santiago, 1877.

ORIGEN DEL MUGAI IRI[1]

Atua Ure Rangi –decimoséptimo rey de los pascuenses– eximió a los constructores de estatuas de todo trabajo que no fuera esculpir sus famosos moais. La alimentación de estos artistas fue encargada a los pescadores de la isla.

Este esforzado gremio tenía una vida difícil. Aparte de su peligrosa labor en el mar, consumía gran parte de su tiempo en tierra fabricando anzuelos, que por entonces se hacían de piedra. Era un largo trabajo de tallado y pulimentado, hasta alcanzar la forma adecuada.

Por muy diestros que fueran en la fabricación de anzuelos o en su uso, los pescadores debían lamentar que un alto porcentaje de peces lograra soltarse una vez mordido el anzuelo.[1]

Esto traía muy molesto al joven Ure a Vai a Nuhe (o Urevaisaus), descendiente de famosos pescadores.

Una noche, mientras invocaba al dios Mea Kahi, se

[1] Anzuelo de hueso usado en Isla de Pascua.

le apareció el espíritu del anciano pescador Tirakoka, quien le explicó que los fracasos en la pesca se debían a la mala calidad de los anzuelos.

–Ve a la cueva donde sepultaste el cadáver de tu padre –le dijo– y toma un trozo del muslo. Con él harás un anzuelo de punta barbada.

Cuando el joven se repuso de la impresión, siguió las instrucciones recibidas y se dirigió al mar. Allí pasaba el día y regresaba por la tarde sin pesca alguna, causando la burla de los que antes lo admiraban. Es que ya en su canoa, lejos de todos, no hacía otra cosa que perfeccionar el anzuelo de hueso, cuya punta impediría que el pez lo soltara.

El día que lo tuvo listo, eligió un sitio algo apartado, de modo que los demás no lo vieran hasta la tarde, cuando regresó con su canoa colmada de peces. No hay para qué decir cómo lo espiaron para conocer su secreto, pero él lo mantuvo en absoluta reserva.

Tanto molestó al resto su actitud, que un día lo abordaron en plena faena. En la confusión muchas canoas se volcaron y no pocos se ahogaron, entre ellos el joven inventor.

Pero si él pagó con su vida un desmedido afán de sobresalir, su canoa mostró a todos el secreto de su éxito: el anzuelo de hueso, que desde entonces se incorporó al progreso de la comunidad.

Estos anzuelos de hueso, llamados *mugai iri*, se fabricaron desde entonces con el hueso del muslo del pescador fallecido. La curva se hacía con una pequeña

rebarba que impide que el pez lo suelte. Es un instrumento que cumple tan bien su propósito, que hasta hoy[2] se encuentran nativos que los prefieren a los de fabricación industrial.

[2] Este hoy debe entenderse referido a 1889, año de la publicación del libro *Te Pito Te Henua* (o Isla de Pascua) de W. J. Thomson. Tuvimos a la vista la traducción de Hilda Fuentes, *Anales de la Universidad de Chile*, Nº 161-162, 1980.

EL ROTO QUE ENGAÑÓ AL DIABLO

El Diablo es tan diablo, que hasta los más diablazos le temen a sus diabluras.

Es que nadie se atreve con el Diablo –al menos eso pensaba él– hasta que cierta vez, hace mucho, muchísimo tiempo, se encontró con un rotito chileno.

Bartolo era un huaso joven, al que todo le salía mal ese año: en otoño se helaron sus chacras y en invierno se hundió el sembrado. De puro flaca se murió su vaca. Así que Bartolo tiró el yugo, el arado, la rastra, el rastrón, y partió en busca de mejor suerte.

Tenía unos tíos en la costa, pero ¿cómo se haría pescador si ni siquiera conocía el mar? "Ser minero debe ser más fácil", pensó Bartolo, encaminándose a los *lavaderos*, donde decían que las pepitas de oro se hallaban como chicharrones en un plato de porotos.

Pero no encontró oro.

Volviendo triste a casa, pensó si el oro brillaría como escamas de peces en la red, o las pepitas serían como granos de trigo en la era.

Oscureció en el bosque. Tuvo miedo. Pero más miedo tenía de volver a su tierra sin un cobre, porque pronto sería "el 18", y él quería bailarse unas buenas cuecas con la Peta, la niña más linda y hacendosa de la comarca.

Entonces recordó que su abuelo le había contado de qué manera se había hecho rico un patrón suyo.

–¡Más que hago pacto con el Diablo!– exclamó Bartolo, y los pelos se le pararon de susto.

Sacando fuerzas de flaqueza, tomó aliento y llamó tres veces al *Patas de Hilo*.[1]

Un relámpago abrió de par en par las puertas del cielo y por la tierra rodaron todos los ruidos del bosque. Entonces lo vio: de pera y bigote y rabo; de chispas por los ojos y una risa del demonio, lo vio.

Allí se estuvieron Bartolo y el Diablo, hablando de negocios: de venderle su alma al Diablo ¡no tenía más que vender el huaso Bartolo! Cien mil pesos le pidió por su alma, pensando que si volvía en esa facha, la Peta no daría un centavo por él.

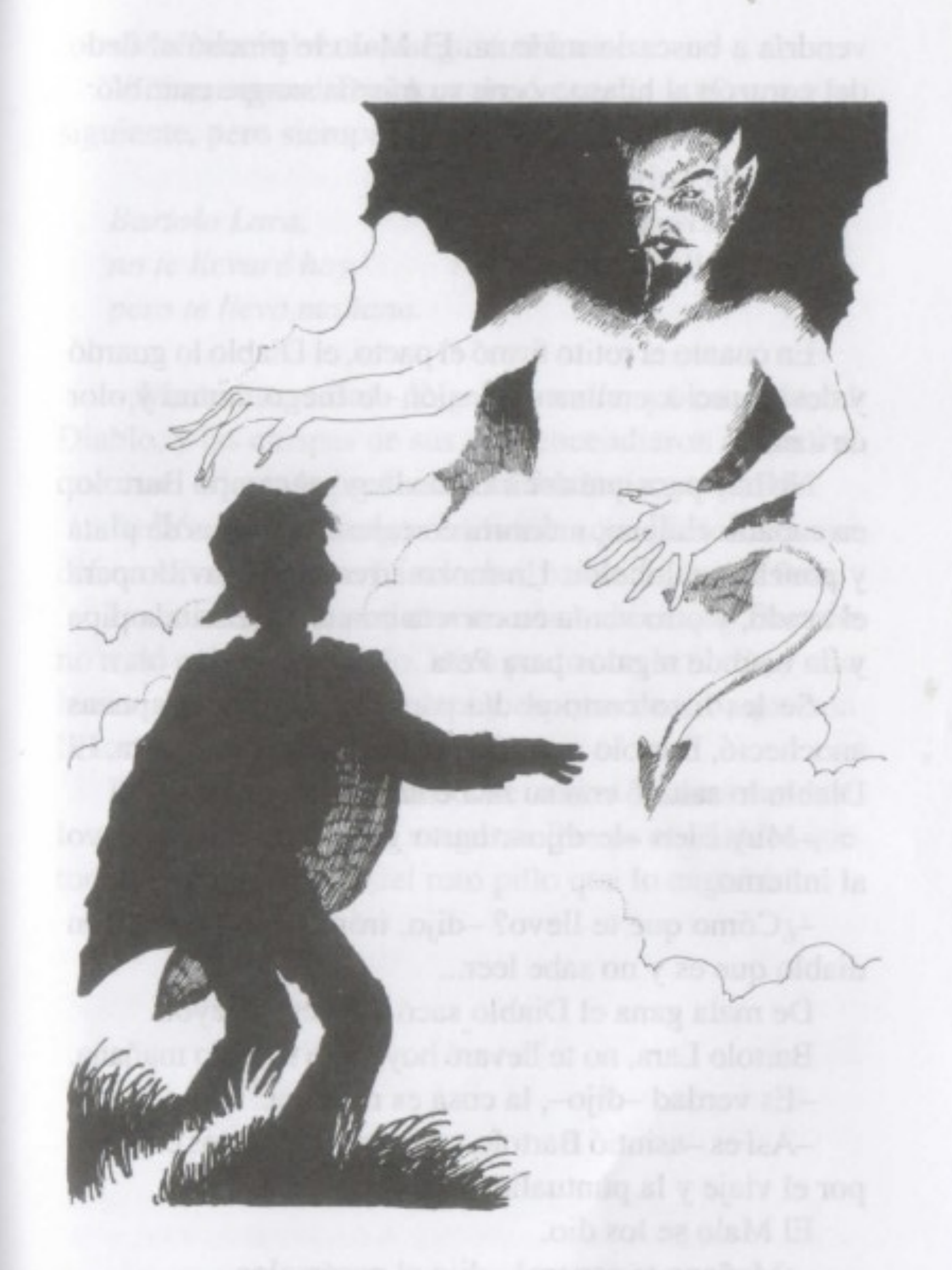
Le pareció buen precio al Diablo. Se los dio.

–Pero hay que firmar un pacto –dijo el Diablo– ¿Cuándo querís que te lleve?

–Hoy mismo –respondió Bartolo, haciéndose el *de las chacras*.[2]

Se extrañó mucho el demonio, pues todos le pedían años y años para gozar la vida. Por fin acordaron que

[1] Uno de los apodos del Diablo, llamado también Malo, Malulo, Cachudo, etc.
[2] Haciéndose el tonto, el ingenuo.



vendría a buscarlo mañana. El Malo le pinchó el dedo del corazón al huaso, y con su misma sangre escribió:

Bartolo Lara,
no te llevaré hoy,
pero te llevo mañana.

En cuanto el rotito firmó el pacto, el Diablo lo guardó y desapareció, en una explosión de fuego, humo y olor de azufre.

No hay para qué decir cómo llegó al campo Bartolo, en caballo chileno, montura corralera, espuelas de plata y poncho multicolor. Un mozo arreaba un novillo para el asado, y otro venía en carreta con una tremenda pipa y un baúl de regalos para Peta.

Se les hizo corto el día para la fiesta, pero apenas anocheció, Bartolo montó a caballo y partió a su cita. El Diablo lo saludó con su risa endemoniada.

–Muy bien –le dijo–, harto gozaste, ahora te llevo al infierno.

–¿Cómo que te llevo? –dijo, irónico, Bartolo–. Tan diablo que es y no sabe leer...

De mala gana el Diablo sacó el pacto y leyó:

Bartolo Lara, no te llevaré hoy, pero te llevo mañana.

–Es verdad –dijo–, la cosa es mañana.

–Así es –asintió Bartolo–, pero déjeme otros cien mil por el viaje y la puntualidá.

El Malo se los dio.

–¡Mañana te espero! –dijo al pasárselos.

–Mañana volveré –aseguró el huaso.

Y dicen que el Diablo volvió ese día y al otro y al siguiente, pero siempre Bartolo lo hacía leer el pacto:

Bartolo Lara,
no te llevaré hoy,
pero te llevo mañana.

–¡Me hiciste leso!– le gritó un día, ya cansado, el Diablo, y las chispas de sus ojos encendieron el azufre, que es el alimento preferido del demonio, y estalló.

Ardió como los fuegos artificiales que Bartolo encendió en la ramada, ese Dieciocho, bailando con la Peta.

Los nietos de sus nietos cuentan ahora que Bartolo no trató más con el Malo. Hizo pacto con la tierra, y ella le dio siempre rocío de plata y espigas de oro, que son la fortuna de los campesinos.

Pero cuando a media noche aúllan lastimeramente los perros, los ancianos aseguran que es el Diablo, que todavía ronda la casa del roto pillo que lo engañó.

LLACOLÉN

EL ORIGEN DEL NOMBRE de esta laguna de Concepción se sumerge en la época de la Conquista de Chile. Más exactamente, la llegada del gobernador García Hurtado de Mendoza,[1] que reemplaza a don Pedro de Valdivia.

Venían en el séquito de don García algunos jóvenes oficiales con experiencia en la corte española, lo que significa que eran tan diestros en lides de espada como en lances de amor. El más famoso , pero no el único, era don Alonso de Ercilla y Zúñiga.

Este poeta soldado contaría la heroica vida militar de Galvarino,[2] pero su vida familiar pertenece a la leyenda.

Este "valeroso y atrevido" cacique vivía junto a la laguna, en territorio mapuche pues la ciudad de Concepción se alzaba entonces sobre lo que hoy es Penco.

Es posible que Galvarino fuera, en tiempo de paz, un afectuoso hombre de familia, como sugiere su verdadero

[1] Llega al golfo de Talcahuano el 28 de junio de 1557.
[2] En los capítulos XXII y XXIII de *La Araucana*.

nombre, *Calhuarëngo*,[3] que ensalza las propiedades medicinales del maíz, en contraste con el sentido guerrero de la mayoría de los nombres mapuches.

Si es así, no es raro que sintiera gran amor por su hija Llacolén, para quien había concertado un matrimonio digno con Millantú, el fornido hijo del cacique Lonco.

Siguiendo la costumbre de su raza, Llacolén bajaba de madrugada a la laguna a bañarse y trenzarse su larga cabellera.

Hasta entonces la invasión extranjera había sido algo lejano para ella y las mujeres del *mapu*: la curiosidad de conocer un caballo capturado por algún osado mocetón; la tristeza de un pariente muerto en combate o los grandes festejos por la victoria de Marihüeñu.[4]

Su conocimiento del invasor iba a ser totalmente inesperado.

Al salir de la laguna, un extraño ser vestido de metal daba de beber a su cabalgadura. Tan pálido como pudiera estar un hombre enfermo, cansado o triste. No sabemos cómo se inició la comunicación. Ni cómo continuó, con encuentros real o simuladamente casuales. Ni cómo este enemigo de su pueblo se fue haciendo aliado de su corazón.

Sólo podemos imaginar la mezcla de ira y pena que dominó a Llacolén aquel 7 de noviembre de 1557, cuan-

[3] Cal: lana, manojo de pistilos; hua o wa: maíz; rëngo: molido. Es decir, pelos de choclo molido, que se usan como remedio.
[4] De los mapuches al mando de Lautaro, en 1554.

do su padre llegó a la ruca aclamado por sus guerreros, a quienes saludaba alzando los ensangrentados muñones de sus manos cortados a golpe de hacha.[5]

Millantú estuvo entre los guerreros que no se despegaron de Galvarino en los días siguientes.

Tratando de poner orden en su mente, la joven Llacolén se dirigió a la laguna un atardecer. Odiaba a todos los españoles, pero no estaba segura de si ese "todos" incluía también a uno.

Cuando notó su ausencia, Millantú, obedeciendo a su instinto del peligro, tomó su maza y se encaminó a la laguna. Ahora más que nunca debería brindarle protección.

Como una visión, Llacolén vio acercarse desde el lado del Bío Bío al joven oficial español. Caminaba lentamente, a pie, con su caballo de tiro.

A Llacolén le ardió el rostro. Se lo mojó con agua de la laguna, donde su mano tocó una piedra.¿Debía alzarla y arrojarla a ese hermoso rostro? ¿O simplemente debería huir de él para siempre? Ya cerca, el capitán desenvainó su espada. "Tal vez lo mejor sería que me matara", pensó instintivamente Llacolén.

Pero entonces vio que el ademán era contra Millantú, que llegaba por el lado opuesto. Brilló la espada. Zumbó la maza. Fue una lucha breve, como si a ambos interesara más terminarla que ganarla. Rodaron enlazados. A Millantú, que cayó encima, le asomaba un palmo de

[5] Suplicio aplicado por los españoles en la batalla de Lagunillas, en la fecha indicada.

metal sangriento por la espalda. El cráneo del español se partió con el peso de ambos estrellado contra un peñasco de la ribera.

–¿Eso era la guerra? –sollozó Llacolén. ¿El abrazo mortal de estos hombres, que pudo ser amoroso para ella? ¿O la caricia de su padre en los cabellos, arrancada a golpe de hacha?

Lo único pacífico eran las quietas aguas de la laguna. Y a ellas se arrojó Llacolén en busca de consuelo.

LA VIRGEN Y EL LABRADOR[1]

En tiempos del rey Herodes, cuando sus soldados perseguían a todas las guaguas de meses en busca del niño nacido en Belén, iba por los caminos una sencilla mujer con su hijito en brazos.

Pasó junto a un campo recién arado, donde un campesino esparcía grano.

–¿Qué siembra, hermano? –preguntó la viajera, como suelen ser los caminantes, para crear una relación cordial.

–¡Piedras! –contestó de mal humor el campesino.

Siguió la mujer con su hijo en brazos, apresurando la marcha como le aconsejaba la posible cercanía de los soldados de Herodes que venían tras ella. En eso pasó junto a otro campo, en el que también un labrador se encontraba sembrando.

–¿Qué siembra, hermano?– repitió.

[1] La leyenda local suele tener, como en este caso, sentido universal. Don Ramón Laval escuchó una antigua versión chilena y la incluye en sus *Tradiciones, Leyendas y cuentos populares recogidos de la tradición oral en Carahue*, 1920.

–Trigo, señora –respondió el hombre, quitándose el sombrero de paja en un gesto de respeto.

En el mismo instante, el trigo creció con tal energía que alcanzó hasta más arriba de la cintura del labrador. En aquellas espigas se ocultaron la viajera y su guagua que, como ya habrán adivinado, no eran otros que la Virgen María y Jesús.

No tardó en llegar la patrulla, cuyo jefe preguntó al primer campesino:

–¿Ha pasado por aquí una mujer con su hijo en brazos?

–¡Hace sólo un momento pasó por este mismo camino!

Apuró el paso la patrulla y al llegar ante el segundo campesino repitió la pregunta.

–¡Sí, señor! Por aquí pasó una mujer con su hijo en brazos, cuando yo estaba sembrando este trigo...

mirando aquellas altas espigas, el jefe de la patrulla pensó, con razón, que el primer campesino lo había engañado. Ya sea que pretendiese proteger a la mujer o simplemente burlarse de él, pensó darle su buen escarmiento.

–¡Media vuelta! –ordenó a su tropa–. Y todo el entusiasmo que tenían reservado para una larga marcha, lo consumieron castigando al rudo campesino. Este, que antes no había sido capaz de comprender la amable intención de la Virgen, menos comprendía ahora la inamistosa conducta de los soldados.

Y como en el campo cada acción rinde a su debido tiempo el fruto merecido, al llegar la cosecha, donde dijo haber sembrado piedras, el pobre hombre sólo piedras cosechó.

Entretanto, a su vecino le faltaban manos para recoger y sacos para guardar el abundante fruto de su trigal.

DON JAVIER DE LA ROSA Y EL MULATO TAGUADA

SI ABUNDAN las leyendas de la historia y de la geografía de Chile, de su flora y su fauna, el duelo entre los dos payadores más famosos debe considerarse la primera leyenda de la literatura nacional. "Gesta máxima del arte popular chileno", la llama Antonio Acevedo Hernández.[1]

La paya es una composición en verso, que los payadores van improvisando al compás de la guitarra o el guitarrón.

Los más famosos payadores chilenos de todos los tiempos son don Javier de la Rosa y el "Mulato" Taguada, apodado también "El Maulino". Era éste un típico poeta popular, originario al parecer de la zona de San Vicente de Tagua Tagua, que no sabía leer ni escribir pero dominaba la tradición oral, Don Javier de la Rosa, en cambio, era un caballero muy "letrado", dueño de algunas tierras,

[1] Adolfo Valderrama, Mariano Latorre, Andrés Sabella y Oreste Plath son algunos de los escritores que se han interesado en el tema.

que se había hecho payador por su afición a las fiestas, las carreras de caballo y las fondas o chinganas, donde lucía su hábil manejo del guitarrón.

Cada uno había vencido por su lado a cuanto payador, veterano o principiante se le había enfrentado. Cada cual tenía su legión de admiradores que lo consideraba invencible, pero jamás se habían visto el uno al otro. La oportunidad de un duelo entre ambos se esperó por años.

Y la ocasión se produjo hacia 1830, en alguna fonda de las cercanías de Tagua Tagua, como se puede deducir del texto. Es fácil imaginar allí al Mulato Taguada arrimado al mostrador, como un lugareño más, según se desprende del aire de superioridad con que comienza a payar don Javier de la Rosa:

–Quién es ese payador
que para tan a lo oscuro,
tráiganmelo para acá,
lo pondré en lugar seguro.

Taguada responde:

–Y ese payador ¿quién es?
que paya tan a lo lejos;
si se acerca para acá
le plantaré el aparejo.[2]

La paya ha comenzado. Y el duelo, que no podrá terminar hasta que se sepa de una vez y para siempre

[2] Aparejo: riendas, montura y todo lo necesario para ensillar y montar un caballo.

quién es, quién será y quién ha sido el mejor payador chileno.

TAGUADA: *–Señor poeta abajino,*[3]
ya podimos principiar;
afírmese en los estribos,
que el pingo lo va a voltiar.

DON JAVIER: *–En nombre de Dios comienzo,*
de mi padre San Benito;
hágote la cruz, TAGUADA,
por su fueras el maldito.

TAGUADA: *–Mi don Javier de la Rosa,*
no sea tan propasao,
usté es viejo y yo soy joven
y en fuerzas lo habré sobao.[4]

DON JAVIER: *–Habís de saber, TAGUADA,*
que en fuerzas no hay que confiar,
porque en la puerta del horno
se suele quemar el pan.

[3] Abajino: "Procedente del norte... correlativo de arribano, procedente del sur... En términos absolutos abajino designa al habitante de las provincias de Aconcagua al norte". (Según Mario Ferreccio).

[4] Sobao: de sobar; como chilenismo de la Epoca. "vencer en pugilato" (F. Del Solar, 1876).

TAGUADA: *–Mi don Javier de la Rosa,*
se lo digo sin recato:
usté ha venío a encontrarse
con la horma de su zapato.

D. JAVIER: *–Tú lo dices sin recato,*
y yo te lo digo en forma:
que tú has venido a encontrarte
con el zapato de tu horma.

TAGUADA: *– Sépalo desde el principio,*
pues le conviene saber:
de todos los payadores
en mi tierra soy el rey.

D. JAVIER: *–Que eres el rey en tu tierra,*
lo creo de buena fe:
en la ciudad de los ciegos
el tuerto suele ser rey...

TAGUADA: *–Yo soy Taguada, el Maulino,*
famoso en el mar y en tierra,
en el Huasco y en Coquimbo,
en el Fuerte y Ciudadela.

D. JAVIER: *–Yo soy Javier de la Rosa,*
el que llevó la opinión
en italia, en Inglaterra,
en Francia y en Aragón.

TAGUADA: *–Válgame Dios, don Javier,*
que me ha dejado espantao...
¿Sin salir de la ceniza
tantos lugares ha andao?

D. JAVIER: *–Te lo vuelvo a repetir:*
yo soy payador y bueno...
Tú serás más cenicero,
puesto que has andado menos.

TAGUADA: *–A este viejo abajino,*
a este gallo desplumao,
yo le salaré el cogote
y ají le pondré en el rabo.

D. JAVIER: *–A este tordo maulino,*
si me anda con muchas maulas,
lo desplumaré de suerte
que le vean la callana.

TAGUADA: *–A usté, que es tan agallúo,*
aquí me lo quiero ver:
Una vara, estando seca,
¿cómo podrá florecer?

D. JAVIER: *–De este inocente Taguada*
la pregunta me da risa...
Quiébrala y échala al fuego:
florecerá la ceniza.

TAGUADA: *–Señor poeta abajino,*
con su santa teología,
dígame ¿cuál ave vuela
y les da leche a sus crías?

D. JAVIER: *–Si fueras a Copequén,*
allá en mi casa verías
cómo tienen los murciélagos
un puesto de lechería.

TAGUADA: *–Mi don Javier de la Rosa,*
por lo reondo de un cerro,
agora me ha de decir
cuántos pelos tiene un perro.

D. JAVIER: *–Habís de saber, Taguada,*
por lo derecho de un huso,
si no se le ha quéido ni uno
tendrá los que Dios le puso...

TAGUADA: *–Mi don Javier de la Rosa,*
viniendo del Bío Bío,
dígame si acaso sabe
cuántas piedras tiene el río...

D. JAVIER: *–A vos, mulato Taguada,*
la respuesta te daré:
pónemelas en hilera
y entonces las contaré...

TAGUADA: *–Mi don Javier de la Rosa,*
usté que sabe de letras,
agora me ha de decir
si la pava tiene tetas.

D. JAVIER: *–Te doy, mulato Taguada,*
la respuesta en un bendito:
si la pava las tuviera,
le mamaran los pavitos;
pero como no las tiene,
los mantiene con triguito.

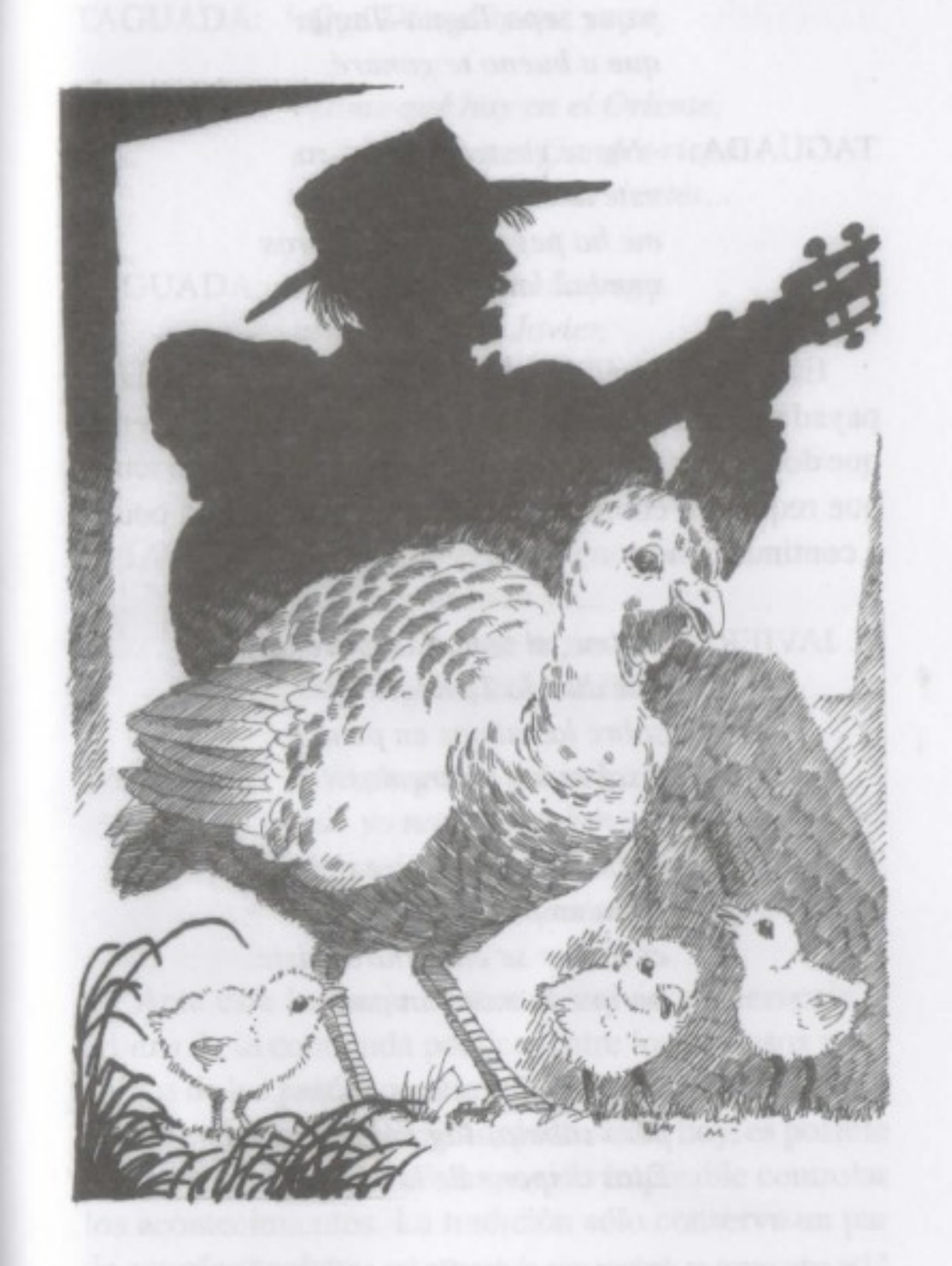
TAGUADA: *–Mi don Javier de la Rosa,*
usté que sabe de asuntos,
diga qué remedio habrá
para levantar difuntos.

D. JAVIER: *–Oye, mulato Taguada,*
la respuesta va ligera:
métele el dedo en... la boca,
sale el difunto a carreras...

La tradición asegura que esta descortés respuesta mereció un reclamo del mulato y la intervención del juez de la contienda.

Sólo después de largas negociaciones pudo seguir la paya:

D. JAVIER: *–Taguada, yo te saludo*
antes de largarte el agua,



	y que sepa Tagua–Tagua[5] *que a bueno te ganaré.*
TAGUADA:	*–No se gaste tanta prosa,* *usté lo sabe muy bien,* *me ha pegao con sus libros* *que hablan de ajeno saber.*

Esta queja se refiere, sin duda, a una parte de la larga payadura no conservada por la tradición oral, y en la que don Javier trataría de confundir al mulato con temas que requieren conocimientos específicos, como ocurre a continuación:

D. JAVIER:	*–Dime, si te hallas en vena,* *qué dice la Teología* *sobre las almas en pena* *y sobre las jerarquías.*
TAGUADA:	*–Almas en pena no existen,* *alma en pena, digo yo,* *es la que se encuentra triste* *porque la mata un amor.*
D. JAVIER:	*–Has contestado muy bien,* *pero sábelo, Taguada,* *Dios dispone de las almas.*

[5] De este verso se deduce que el desafío fue en Tagua-Tagua.

TAGUADA:	*–Que Dios dispone yo sé.*
D. JAVIER:	*–Dime qué hay en el Oriente,* *en tierras que el Ganges riega* *con sus inmensas corrientes...*
TAGUADA:	*–A mí usté no me la pega,* *usté sabe, don Javier,* *que yo el Oriente no hey visto.* *Preúnte cosas de ayer* *y no se dé tanto pisto...*
D. JAVIER:	*–Que confieses tu ignorancia* *estoy esperando yo...* *¿Hasta cuándo te pregunto?* *Deja el campo o me iré yo.*
TAGUADA:	*–No pregunte leseras* *que yo no pueo saber,* *dígaselas a su madre,* *que yo no lo aguantaré.*

Ante este lenguaje descortés volvió a intervenir el árbitro de la contienda poética, entre los aplausos y rechiflas de los partidarios de uno y otro payador. Y, como ocurre en las competencias deportivas de hoy, es posible que en adelante al juez le haya sido imposible controlar los acontecimientos. La tradición sólo conserva un par de estrofas sueltas:

D. JAVIER: *–Ya te pasaste, Taguada,*
cometiste una herejía,
hiciste cabe en tu madre
y carambola en tu tía...

TAGUADA: *–Si es la hora que se pierda*
mi fama de payador,
¡Váyase a la misma... mugre
el bribón que me venció!

Este legendario duelo poético había durado toda la noche. Amanecía cuando el Mulato Taguada, cansado y soñoliento, ebrio tal vez, abandonó la fonda que había presenciado su primera y única derrota. El público se dividía, como siempre entre eufóricos por el triunfo y apenados por la derrota. Para celebrar uno u olvidar la otra, se bebía.

También en este punto se dividen los autores, si bien todos coinciden en que allí desaparece de la vida pública el gran artista del pueblo, el Mulato Taguada.

¿Se colgó de un árbol, incapaz de asumir su derrota, como piensan algunos, o sólo destrozó furioso el guitarrón contra una piedra, como dicen otros?

–Mis estimados lectores,
yo les voy a contestar:
para el poeta, la muerte
no es morir: ¡es el callar!

TRADICIONES Y CASOS LEGENDARIOS

El caso o sucedido es el testimonio personal o la alusión a alguien que vivió un hecho extraordinario. Como la leyenda, el caso puede ser mítico, histórico o religioso. Si toma forma de leyenda o se basa en ella, podrá llamarse caso legendario.

Las tradiciones forman un género especial, más cercano a la historia, en que los hechos comprobados se mezclan libremente con suposiciones del narrador.

De los textos que siguen, "La mina del cura" es mi propia versión de una caso ya legendario que me fuera contado por Raúl Zepeda (padre), en nuestras largas charlas bajo su parrón combarbalino.

Los restantes corresponden a tareas de investigación en terreno, de mis alumnos de Castellano en la escuela básica y en el liceo de Combarbalá. En 1977 obtuvieron el Primero y Segundo Premio en el Concurso Nacional de Leyendas, organizado como parte de la celebración de los 75 años del diario Las Últimas Noticias.

LA MINA DEL CURA

Los combarbalinos no la recuerdan por otro nombre, y por cierto que estaba bien puesto, pues La Mina del Cura era efectivamente del padre Pedro, que bautizó, casó o dio la extremaunción a varias generaciones. Sin abandonar jamás estos santos deberes, el padre Pedro se las arregló siempre para controlar personalmente sus pertenencias mineras de cobre de regular ley.

Con este fin llegó a su mina una mañana de 1937. Sus cuatro mineros lo esperaban para cobrarle unos salarios largamente adeudados, y no por falta de reclamárselos.

–Buenos días, hijos –los saludó llegando–. Quisiera bajar a ver los últimos avances.

–Buenos días, padre –contestaron humildes–. Baje nomás su mercé.

El pique tenía una entrada vertical y lo bajaron por el único medio de transporte disponible: un pequeño tambor de lata con el que se extraía el mineral, mediante un rudimentario sistema de torno y cordel.

Como entendido que era, el padre Pedro anduvo un

rato inspeccionando el laboreo con su lámpara minera. Cuando creyó haber visto lo suficiente, tiró del cordel, como podría hacerlo un buzo al patrón de la lancha. Al no recibir la respuesta acostumbrada, llamó:

–¡Súbanme, hijos! Ya vi todo...

–¡Sí, padre! –contestó uno allá arriba– Pero nosotros hace tiempo que no vemos ni un *cobre*, así que ni fuerzas tenemos ya. ¡Páguenos ahora, y enseguida lo subimos!

–Bueno, bueno, hijos. Súbanme y allá arreglamos.

–¡No, no! Eche la platita al tambor, nosotros nos repartimos y lo subimos a su mercé.

–¿Están bromeando, hijos, o se les metió el diablo en el cuerpo?

Pero los cuatro mineros no estaban bromeando. Y no se movieron aunque ordenó, rogó, amenazó. Ni se conmovieron con que le recordara al mayor que lo había casado con una niña tan cristiana; al segundo, que lo había preparado para la primera comunión; al tercero, que lo había bautizado; y al menor, que me contó esta historia, le echó en cara que había casado a sus propios padres.

–Todos esos servicios nos habrá prestado usted, padre. Nosotros sólo le hemos hecho este trabajito y queremos que nos pague.

Se acercaba el mediodía. Cuando éste llegó, los mineros sacaron su cocaví y comieron en la boca del pique. El padre Pedro seguía en su mina.

–¡No traje dinero, hijos! Sáquenme y arriba hablamos...

–¡No, padre! Búsquese bien nomás, cómo sabe si se halla unos pesitos por milagro...

A eso de las tres de la tarde, convencido que no habría otra solución, les echó el dinero en el tambor, que subió y volvió a bajar. En él, cansado y hambriento, subió el señor cura.

Montó su mula y partió, diciéndoles que habían cometido un grave pecado.

Y ellos deben haberle creído, porque el domingo, muy temprano y bien peinados, con camisas nuevas, hacían cola en el confesionario. La iglesia de Combarbalá no tenía todavía inclinada la cruz del campanario, que se alzaba muy recta, indicando el cielo como un dedo acusador.

Conseguida la absolución, los cuatro amigos se fueron derechito a una de las numerosas quintas de recreo surgidas del auge de la minería local. Y allí alegraron la tarde de los parroquianos contando y volviendo a contar la historia del cura en su mina, que por entonces tenía otro nombre propio en el Registro de Pertenencias Mineras. Sin embargo, ese nombre terminó por olvidarse, porque era más fácil decir: ¿Sabes lo que pasó en "La mina del cura"?

Y por Mina del cura quedó.

LA VIUDA

HACE MUCHO, muchísimo tiempo, los combarbalinos empezaron a correr la noticia de que una mujer toda vestida de negro salía después de las doce de la noche, cubriéndose el rostro con un velo también negro.

Nadie sabía quién era, aunque ninguno dudaba que era el diablo en persona. Hasta los más valientes se santiguaban al verla y ya no volvían a salir tarde por la noche de casa.

Pronto todos le dieron un nombre, para poder hablar de ella: la llamaron "la viuda".

A las niñas que salían sin permiso y a los niños que se portaban mal les metían miedo con la viuda.

Pero en Combarbalá todo se sabe pronto, y también se supo quién era...

¡No era viuda! Era una respetable dama que sospechaba que su marido la engañaba, y en tanto salía él, ella se cubría de negro y salía detrás.

Yo no sé si lo sorprendió al final, pero sé que a ella todos siguieron llamándola "la viuda".

Ana Rosa Leiva
Sexto Año Básico.

LOS MARCIANOS

DE ESTO hace muchos años, pues corría el mes de noviembre de 1944.

Radio Cooperativa de Santiago difundía un programa de ciencia ficción, *La guerra de los mundos*, de H. G. Wells.

En Combarbalá había pocos receptores de radio por aquel tiempo, y la gente no estaba aún familiarizada con los radioteatros, tan populares después.

Sea por eso, o porque la audición era tan realista, el Gobernador, don Omar Letelier, que la escuchó en cama, creyó que todo era cierto. Se levantó desesperado y se presentó en pijama en el pequeño "teatro" local.

Hizo suspender la película, avisando que por noticias radiales del Ministerio del Interior, se informó que Santiago era invadido por marcianos, los que venían avanzando hacia el centro de la ciudad desde el lado de Puente Alto, y se pedía a todos los Departamentos del país estar en guardia para repeler la invasión...

Se movilizó "todo el contingente de carabineros", con acuartelamiento en primer grado, con gran conmoción y

susto de la ciudadanía, que no se apartó de los receptores disponibles.

Así se dieron cuenta los combarbalinos de que sólo se trataba de una audición del famoso radioteatro de Wells.[1]

Los vecinos que contaron esta historia aseguran que el señor Gobernador estuvo más de un mes sin aparecer en público. Ni a la puerta de su casa se asomó.

María Cortés
Segundo Año Medio.

[1] Cuando el programa se dio originalmente en Nueva York causó parecido revuelo.

EL FANTASMA[1]

ESTO SUCEDIÓ en una época en que el alumbrado público de Combarbalá provenía de un motor que funcionaba con corontas de choclo y otra "leña" de este tipo, y que trajo a la ciudad el "gringo" Stevenson.

Corría el año 1880 y era gobernador don Francisco Campos Guzmán.

La población venía alarmándose con la aparición de un fantasma que salía por las noches al sur oeste del lugar, por Casas Blancas.

Era un fantasma de blanco, con velas y flores, que se levantaba lentamente junto al camino, al paso de los viajeros nocturnos.

La gente se desmayaba de pavor, lo que aprovechaba el fantasma para robarle cuanto llevase, y luego se esfumaba hacia el sector del cerro El Calvario.

Esto ocurrió por mucho tiempo.

[1] Aunque contado en estilo de "caso" o "sucedido", no hay duda de que ésta es una variante localista de "La chascona" o "La viuda" de otras regiones.

Una tarde, don Juan Villarroel Suárez, que tenía que hacer una diligencia, salió a caballo, para mayor seguridad...

Tal como temía, le apareció el fantasma. El caballo se asustó, pero no don Juan, que lo atacó cuchillo en mano. El fantasma, aterrorizado, le rogó:

-¡No me mate, don Juan, que soy su amigo Isidoro Ibacache!

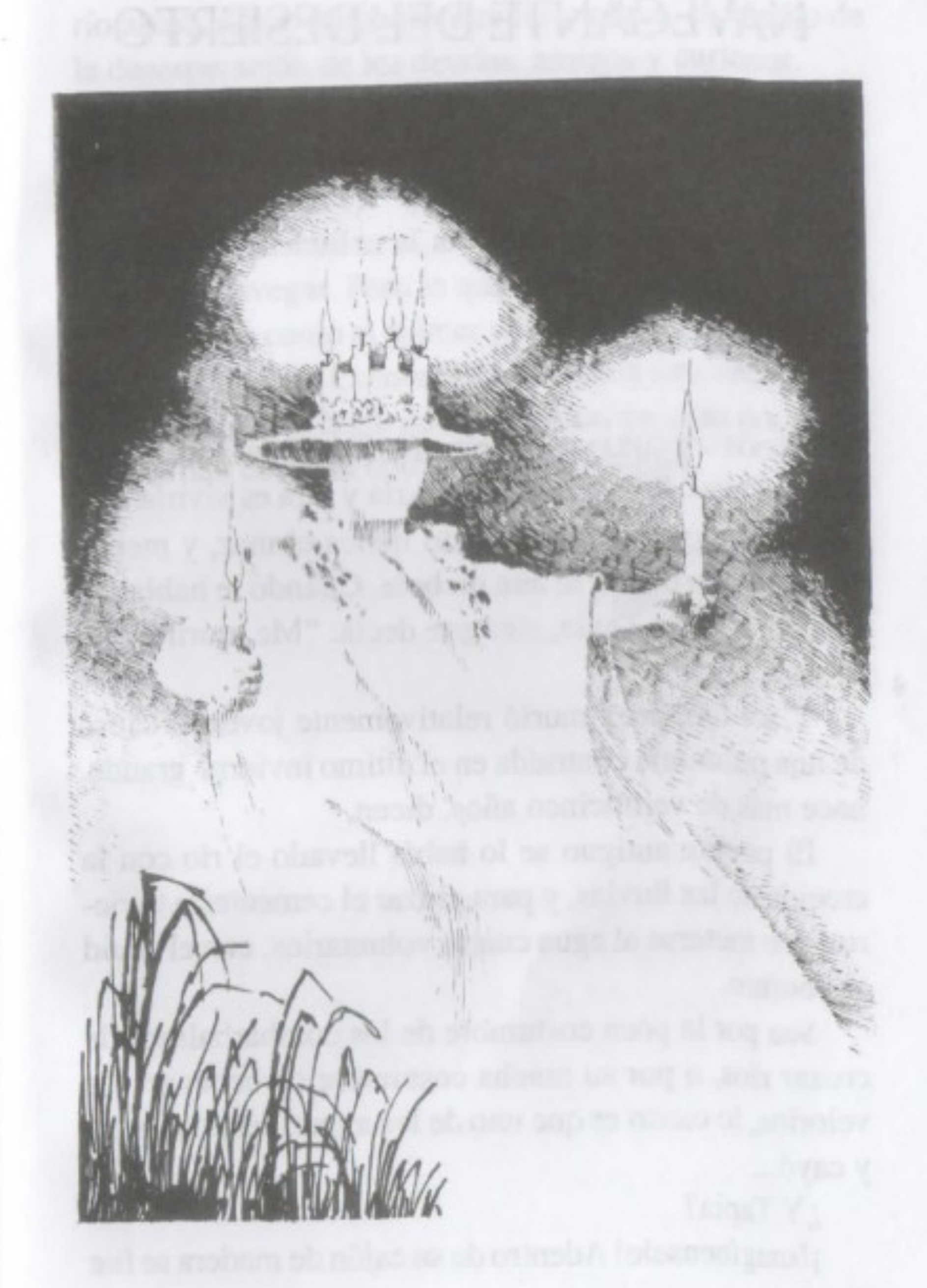
Muy sorprendido, don Juan lo echó a su caballo y lo trajo a la policía, donde recibió su castigo por asaltante de caminos, y le cortaron una oreja.

Por eso –según cuenta don Manuel, que ahora tiene setenta años- cuando cumplió su condena partió avergonzado del pueblo. Cruzó la cordillera y se estableció en un pueblito fronterizo llamado Barriales.

Y por allá habrá muerto este combarbalino pícaro.

Pero si alguna vez se les aparece un fantasma, fíjense si le falta una oreja, porque puede ser él.

Elba Roblero
Segundo Año Medio.



NAVEGANTE DEL DESIERTO

TODOS LOS CHILENOS habrán oído hablar de la sequía del Norte Chico. Pero una cosa es oírla y otra es vivirla.

Aquí muchos no han visto nunca el mar, y menos conocido un barco, ni aun un bote. Cuando le hablaban de esas cosas a Tapia, siempre decía: "Me moriré y no lo veré..."

Y así fue, pues murió relativamente joven, a causa de una pulmonía contraída en el último invierno grande, hace más de veinticinco años, dicen.

El puente antiguo se lo había llevado el río con la crecida de las lluvias, y para cruzar el cementerio tuvieron que meterse al agua cuatro voluntarios, con el ataúd al hombro.

Sea por la poca costumbre de los combarbalinos de cruzar ríos, o por su mucha costumbre de beber en los velorios, lo cierto es que uno de los angarilleros tropezó y cayó...

¿Y Tapia?

¡Imagínenselo! Adentro de su cajón de madera se fue

río abajo, dando tumbos entre las piedras, en medio de la desesperación de los deudos, amigos y curiosos.

Mucho costó sacar del agua a Tapia y meterlo en la tierra, dándole cristiana sepultura.

De vuelta, en el "Quitapenas" de calle La Unión, sus amigos discutían si así se cumplía su profecía de morir sin navegar. Pero lo que no supo fue que a él sí lo vieron todos como el primer y único navegante de estos desiertos y del río Combarbalá, que cada diez años ocupa con sus aguas el lugar que las piedras peladas por el sol le guardan desde el comienzo de los siglos.

Bernardo Aros
Tercer Año Medio.

EL QUESO Y LA SAL

LOS CAMPESINOS y los mineros son muy supersticiosos, pero los arrieros, por lo mismo que andan solos en la noche por los montes, se ponen valientes y descreídos.

Por eso creo que será cierta esta historia que me cuenta mi papá:

Ya era de noche, iba un arriero pasando frente a la casa de una familia a la salida de Cogotí, cuando pasa un chonchón gritando su "tue–tue", que tanto asusta a la gente.

Adentro de la casa, la señora gritó:

–¡Ave María purísima... vuelve mañana por queso y sal!

El arriero oyó esto y siguió hacia su rancho.

Al otro día, como tenía que pasar por ahí mismo, pasó a golpear la puerta.

Salió la señora y le preguntó:

–¿Qué desea, joven?

–¡Vengo por el queso y la sal que me ofreció anoche!

–¡Ya vuelvo! –dijo ella, y se fue persignándose.

No volvió a asomarse, pero con una niña le mandó un enorme queso de cabra y un paquetito.

–Gracias –dijo el arriero, guardando el queso–. La sal la dejo –le dijo a la niña– porque mañana volveré por otro, y no quiero que esté desabrido.

Yerko Campusano
Sexto Año Básico

LOS TRES MORROS DE CURAMÁVIDA

HACIA EL AÑO 1891 la vecina localidad de Illapel era poco más que una hacienda de ese nombre. Su propietario, don Pedro Irarrázabal, temiendo la acción de alguno de los bandos comprometidos en la revolución de ese año,[1] despacha a Floro Araya, su inquilino de confianza, con sesenta de sus yeguas regalonas hacia el interior del cerro Curamávida.

Una tarde en que Araya vigilaba su yeguada, ve una chinchilla que se acerca a beber de una vertiente, y recoge una piedra dispuesto a lanzársela. Sin embargo, su peso era tan grande en relación a su tamaño, que se quedó mirándola, totalmente olvidado de la chinchilla.

Toma una y otra piedra del lugar, y su instinto coquimbano de minero le avisa que son de plata casi pura.

A metros de allí hay uno, dos, tres morros de la misma piedra: ¡una fortuna de llegar y tomar! Araya señala

[1] La revolución contra Balmaceda.

el lugar, para volver por su cuenta, más tarde. Podría llegar a ser tanto o más rico que su patrón.

Pensando en esto, le pidió permiso a don Pedro para viajar a Combarbalá a visitar a un pariente "enfermo".

Llegando aquí, le contó al pariente la historia y le propuso la empresa. Mientras tanto, debía trabajar en algo para reunir los pesos para materiales.

Y como tantos que han llegado a Combarbalá de paso, se quedó un año y dos. Se enamoró, se casó, tuvo hijos y murió sin volver a Illapel.

Según la tradición , el lugar de los Morros se guardó como secreto de familia, y lo conocen los descendientes de Floro Araya. En cada generación, la madre se lo cuenta al hijo mayor.

Todavía es tiempo de explotar esta fabulosa riqueza. Sólo es cuestión de hablar con el Araya que conoce el lugar.

La dificultad está únicamente en saber cuál de los 457 Araya que hoy viven en Combarbalá es el heredero del secreto...

Luis y Ricardo Chacón
Primer Año Medio.

LA VIRGEN DE LA PIEDRA

(Origen de una fiesta religiosa local)

A 16 KILÓMETROS de Combarbalá hay un pequeño caserío llamado La Isla, donde anualmente se celebra una fiesta religiosa que congrega a fieles de la zona y viajeros de diversas regiones de Chile.

Hace unos sesenta años, cuando nadie conocía estos lugares, dos hermanos de apellido Tapia salieron a pastorear su piño de cabras en los cerros vecinos, que les gustaba explorar en todas direcciones.

En eso andaban un día cuando uno de ellos quedó asombrado al ver dibujarse en la piedra desnuda del cerro del frente una figura que le pareció muy familiar.

–¡Pero si es la Virgen! –dijo al verla su hermano mayor.

De regreso a casa contaron a sus padres lo que habían visto, y al día siguiente fue a verla toda la familia. Quedaron asombrados también y se lo contaron a los vecinos.

Con los primeros vendedores de queso de la temporada llegó a los almacenes de Combarbalá la noticia, y empezaron a viajar los curiosos o los incrédulos.

Así fue como desde entonces se realiza esta fiesta religiosa anual.

Hoy día el lugar está a cargo de la parroquia de Combarbalá y su párroco dice la misa y dirige la procesión de ese día.

L. A.[1]

[1] Desgraciadamente no he conservado ni he logrado establecer a quién pertenecen estas iniciales, ni el curso. Sin embargo, pueden corresponder a una niña de Sexto Básico.

EL CERRO PANGATA

AL ESTE DE QUILITAPIA, mi pueblo, hay un cerro muy visitado por los habitantes y viajeros. Tiene un nombre bien raro, que según dicen, surgió así:

Vivía en una ladera del cerro, en época muy antigua, una anciana sola, sin más compañía que una gata, muy inteligente y bien enseñada. Tanto que la señora poco salía, y mandaba de compras a la gata con un canastillo al cuello. Así la conocían todos los almacenes de Quilitapia.

Un día, en agosto, la anciana no tenía harina y llamó a su gata, le puso el canastillo al cuello y la mandó:

–¡Pan, gata! –le dijo. Y la gata partió.

Pasó toda la tarde y la gata no volvía. La anciana ni mate tomó. Se acostó con hambre. Ya muy de noche, sintió carreras en el tejado. Abrió la puerta y la gata entró corriendo. No traía nada. Hasta la canasta había perdido.

–¡Pata, gata!, ¡pan, gata! –le decía la viejita con hambre y con rabia.

A la mañana siguiente, después de mucho tiempo, se vio a la anciana bajar al pueblo a comprar.

Tenía varias comadres, y debe haberles contado esta historia, porque la señora Juana Arroyo, que ahora tiene 58 años, me cuenta que le contaron que desde entonces el cerro comenzó a llamarse Pangata.

Luis Carvajal
Primer Año Medio

NOTAS COMPLEMENTARIAS

CHONCHON: En más de un libro se asegura que el chonchón sería el mismo *chuncho* o *chucho*, confusión calumniosa para el chuncho y ofensivo para el chonchón. Puedo asegurar que el vuelo del chuncho es perfectamente visible en noche clara. En cambio, pasé muchos atardeceres sobre el tejado de un galpón campesino, tratando inútilmente de ver un chonchón que iba y venía a dos metros sobre mi cabeza…

TRAUCO: Cuando la sabiduría oral heredada de *machis* y *meicas* comenzó a ser compartida por elementos nuevos, como el profesor rural o la Posta de Salud, los numerosos males causados por el trauco no desaparecieron, aunque algunos comenzaron a recibir nombres nuevos, como tortícolis, parálisis, poliomielitis…

AÑAÑUCA: "Probablemente de origen quechua. No encuentro esta voz en los diccionarios", dice don Rodolfo Lenz. Sin embargo, él mismo anota "*nuño*": pechos de mujer" y "*añuñuy*": arrumacos, lizonjas, zalamerías". Sostengo entonces, que como nombre de mujer, *Añañuca* significa: "la de hermosos pechos". Tengo para afirmarlo buenos modelos. La mujer de Caupolicán, bautizada Fresia por Alonso de Ercilla, se llamaba en mapuche *Guden*: "la sin pechos".

BIBLIOGRAFIA FUNDAMENTAL CONSULTADA

(Y recomendada a quienes deseen formarse una visión más comprensiva de las manifestaciones de la cultura tradicional)

Bahamonde, Mario: *Diccionario de Voces del Norte de Chile. (...Toponimia, etimologías, minería, tipología social, leyendas...)* Editorial Nascimento, 1978.

Bengoa, José: *Historia de los antiguos mapuches del sur.* (Desde antes de la llegada de los españoles hasta Las *paces de Quilín)*. Catalonia, 2003.

Cárdenas, Renato y Hall, Catherine: *Chiloé, manual del pensamiento mágico y la creencia popular, 1985.*

Cárdenas Álvarez, Renato: *Diccionario de la lengua y de la cultura de Chiloé*. Fondo de apoyo a las iniciativas culturales regionales, 1994.

–El libro de la mitología. Historias, leyendas y creencias mágicas obtenidas de la tradición oral. Editorial Atelí, 1998.

Carvalho-Neto, Paulo de: *Historia del folklor iberoamericano*. Editorial Universitaria, 1969.

Cavada, Francisco J.: *Chiloé y los chilotes, 1914.* Hay reedición de Carlos Valenzuela Solís de Ovando, Editorial Andujar, S/f. (Hacia 1995).

Dannemann, Manuel: *Enciclopedia del folklore de Chile*. Editorial Universitaria, 1998.

Diario *Las Ultimas Noticias:* Suplemento escolar «Pequeña Biblioteca», diciembre de 1977 y enero de 1978.

Lenz, Rodolfo: *Diccionario etimológico de las voces* chilenas derivadas de las lenguas indígenas *americanas,*1910. Hay reedición facsimilar del Seminario de Filología Hispánica, U. de Chile, S/f.

Marcone, Jorge: *La oralidad escrita. I Sobre la reinscripción del discurso oral*; II *Sobre la oralización de la literatura.*

Meyer Rusca, Walterio: *Diccionario geográfico etimológico indígena* (Valdivia, Osorno y Llanquihue). Imprenta San Francisco, Padre Las Casas, 1955.

Pérez,Floridor: Leyendas de Chile. Biblioteca Escolar. Apuntes, Publicaciones Lo Castillo, 1985.

Plath, Oreste: *Geografía del mito y la leyenda chilenos*. Editorial Nascimento, 1983. (Hay reediciones en Editorial Grijalbo).

Rojas Flores, Gonzalo: *Reyes en la tierra. Brujería y chamanismo en una cultura insular. Chiloé entre los siglos XVIII y XX*. Editorial Biblioteca Americana, Universidad Andrés Bello, 2002.

Salinas Campos, Maximiliano: *En el cielo están trillando*. Para una historia de las creencias populares en Chile *e Iberoamérica*. Editorial Universidad de Santiago, 2000.

Vicuña Cifuentes, Julio: ***Mitos y supersticiones.***[1] *Estudios del folklore chileno recogidos de la tradición oral*. Santiago, 1910.

Wilhelm de Moesbach, P. Ernesto: *Voz de Arauco*. (Explicación de los nombres indígenas de Chile). Editorial San Francisco, Padre Las Casas, 1976.

–Los huilliches a través de sus apellidos. (Estudio etimológico de los patronímicos aborígenes sureños). En colaboración con Walterio Meyer Rusca. S/f

[1] Destacamos este título por su condición de obra fundamental, no suficientemente conocida ni debidamente reconocida. Vicuña Cifuentes (1865-1936), académico de la Lengua, profesor del Instituto Pedagógico, ensayista y poeta, se dio tiempo para dejar numerosos estudios en torno a la cultura popular, que han nutrido a todos los que después se han interesado en la investigación o divulgación de sus manifestaciones. Del libro sólo poseemos un ejemplar de su tercera edición, Editorial Nascimento, 1947.

Diálogo con sus lectores: SOBRE LA VIDA Y LA OBRA DEL AUTOR

Nota del editor: *En distintos trabajos, pero especialmente en las numerosas biografías que realizó para publicaciones como* Revista Apuntes y Tareas Escolares Zig-Zag *–décadas de mil novecientos ochenta y noventa– el autor trató de evitar darle el trabajo hecho al lector, prefiriendo entregar información sobre la cual el estudiante aplicara su creatividad. Ahora que "la biografía de Floridor Pérez" se ha convertido en una tarea frecuente, el autor –fiel a su estilo– entrega a sus lectores esta selección de preguntas que debe responder en visitas a colegios, entrevistas y consultas directas.*

I
SOBRE SU VIDA

–¿Qué edad tiene?

–Saca la cuenta: nací el 12 de octubre de 1937.

–¿Dónde nació?

–En Yates